TEATRO UNIVERSAL

LA SIRENA

NOVELA ESCENICA EN CINCO ACTOS

DE

F. DOSTOYOWSKY



30 cts.

AÑO I NUM. 2

GONGORA Y SARABIA

LA SIRENA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

INSPIRADA EN UNA NOVELA RUSA



TEATRO UNIVERSAL

MADRID

REPARTO

ELENA
PRINCESA
DOZIA
UNA DONCELLA
UNA SEÑORA VIEJA
LENOX WILLIAM.
FRIEDRICH.
JIM
SACHA
WELETZKY BASILIO
SMITH
UN SEÑOR VIEJO
UN OFICIAL DE COSACOS
UN FUNCIONARIO
UN EMPLEADO DE ADUANAS
UN GROOM
UN ENCARGADO DE HOTEL
OFICIAL I
ID. II
UN AGENTE
OTRO AGENTE
UN CAMARERO
UN LACAYO
PERSONAJES QUE NO HABLAN:
EL ZAR
UN SOLDADO
UN MOZO DE BUFFET
INVITADOS DE AMBOS SEXOS
VIAJEROS DE AMBOS SEXOS
LACAYOS

La acción en Rusia, durante el reinado de Alejandro III

ACTO PRIMERO

La estación de Eydtkulmen, en la frontera rusa. La escena está partida por una verja de hierro que la atraviesa desde el foro a las candilejas. Esta verja tiene en el centro una puerta, que guarda un soldado con fusil y bayoneta calada. A la izquierda del escenario, puerta al foro, que comunica con el andén. Se ve éste, la vía y parte del campo, todo nevado. Una mesa en primer término, que es donde se revisan y sellan los pasaportes, y, al lado, una estufa. A la derecha del escenario, o sea al otro lado de la verja, una puerta al foro. Por ella se ven otros andenes, al fondo, y un letrero indicador que dice: SAN PETERSBURGO. *Una puerta en lateral derecha primer término, que es la del buffet. Cerca arde un brasero. Apenas es de día. La luz va aumentando progresivamente durante la representación del acto.*

Al levantarse el telón, un soldado en la puerta de la verja, y en lado izquierdo de la escena, un funcionario, un aduanero y un oficial. Este se calienta cerca de la estufa. La puerta del foro se abre, dejando ver el andén y el campo nevados, y entra un oficial envuelto en su capote.

ESCENA I

Oficial I, Oficial II, un funcionario, un aduanero y un soldado.

OFIC. I (*Entrando.*) El expreso de Berlín está a la vista.
OFIC. II Gracias, Ivan. (*Se levantan todos. Los dos oficiales se colocan en la puerta de la verja, uno*

frente al otro, mientras el funcionario prepara un sello en la mesa que está al lado de dicha puerta y el aduanero corre a la puerta del foro del lado derecho de la escena.)

OFIC. I Hoy es preciso que pongamos cuidado en los pasaportes.

OFIC. II ¿Por esa mujer que dicen que intenta pasar?

OFIC. I Sí, es peligrosa.

OFIC. II ¡Bah! Noticias de los agentes de París, que quieren justificar el sueldo.

OFIC. I No lo creas. ¿No te ha dicho nada el Comandante?

OFIC. I *(Mirando alrededor con desconfianza.)* Pues... *(Le habla al oído.)*

OFIC. II *(Con extrañeza.)* ¿En persona?

OFIC. I En persona. Calcula tú si tenemos que abrir los ojos.

OFIC. II Estamos divertidos.

OFIC I *(Imponiendo silencio.)* Chists. *(En voz baja.)* Hay reflexiones que en nuestra santa Rusia debe uno guardar para sí.

ESCENA II

Dichos, Voces y Viajeros, (que no hablan).

(Se oye el ruido de un tren que entra en la estación, trepidar de máquina, silbidos, campanadas y rumor de multitud.)

VOCES. ¡El expreso! ¡El expreso!

(Y en el foro izquierda aparece la gente. Entra empujándose. Es una confusa mezcla de hombres y mujeres: elegantes, unos, embutidos en gabanes de pieles; miserables, otros, judíos y aldeanos, que visten el traje nacional. Van cruzando por delante de la mesa, donde enseñan los pasaportes, que los dos oficiales examinan y el funcionario sella), y luego pasan la verja para desaparecer por el foro derecha. Con la gente entra Elena, que queda a un lado como si

evitara el ser vista y esperase a alguien, y en seguida, William Lenox, al que sigue Jim, que trae dos maletas, una en cada mano. Desde que Elena les ve, procura acercárseles y observales. Lenox se adelanta al proscenio.)

ESCENA III

Dichos, Elena, Lenox y Jim.

JIM. (*Siguiendo a Lenox.*) Mi coronel, los pasaportes son por allí... (*Señala la verja.*)

LENOX. Ya lo veo. Deja eso aquí. No quiero mezclarme con esa muchedumbre.

JIM. Puede usted decirlo, mi coronel; ¡qué mezcla! En el coche cama de mi coronel, no; pero en mi departamento había un aldeano ruso de larga barba, que no sentía el aire de su país.

LENOX. Sí... Los mujiks tienen cierto temor al agua.

JIM. Casi tanto como a la Siberia... ¡Bonito país, a juzgar por lo que he oído contar esta noche...!

LENOX. Sólo se envía allá a los criminales.

JIM. Es un error, mi coronel Por un sí, o por un no, la Policía puede escamotear a uno... Nada de sentencia... Nada de proceso... La tortura, como en la Edad Media.

LENOX. (*Riéndose.*) Exajeras, Jim.

JIM. No, señor; no. Mi compañero de viaje, que era un dwornik, algo así como un Conserje, me ha descrito una especie de disciplina de correas de cuero..., el knout, como ellos llaman, con él que golpean las espaldas a los condenados hasta que no les quedan más que los huesos. Y después los envían a Siberia, a trabajar, con un frío de cincuenta grados bajo cero, en las minas de cobre, donde adquieren enfermedades que acaban con ellos.

LENOX. Ese dwornik se ha divertido contigo, asustándote. Alejandro III es un emperador muy liberal y muy justo, que no dejaría aplicar semejantes castigos.

JIM. ¿Cree usted?

LENOX. Excepto a los nihilistas y sus cómplices.

JIM. ¿A los nihilistas?

LENOX. Si, se comprende. Su padre murió asesinado por ellos en 1881. Defiende su vida.

JIM. Me tranquilizo, mi coronel.

LENOX. Además, nosotros somos súbditos norteamericanos, y nuestros Cónsules nos defenderían contra la arbitrariedad de los policías del Zar.

JIM. Sí; pero no contra el nuevo Jefe de Seguridad, mi coronel. Parece que es el terror del Imperio. Mis compañeros de tren sólo se atrevían a nombrarle en voz baja y haciendo la señal de la Cruz, como si hablaran con el diablo.

LENOX. ¿De veras? ¿Y quién es ese ogro?

JIM. Un Barón... —no me acuerdo del nombre— de origen alemán. Es un tipo que huele a los nihilistas a una legua. El Zar le ha concedido el derecho de vida y muerte sobre todo individuo que penetre en sus Estados.

LENOX. Pues bien, Jim, si encontramos a ese terrible señor, procuraremos no ponernos a mal con él.

JIM. Mi coronel se burla, pero desde nuestra salida de América tengo malos presentimientos. Me parece que este viaje terminará mal para mi coronel y para su fiel servidor.

LENOX. Verdaderamente, Jim, eres un miedoso incorregible. De hacerte caso, todos los trenes tenían que descarrilar, todos los barcos iban a naufragar.

JIM. Suele ocurrir, mi coronel. Además, he adquirido con la señora Lenox, la mujer de mi coronel, el compromiso de llevar a Paris a mi coronel en completa y perfecta salud. "Se lo confío a usted—me dijo.—"Procure que no se deje llevar de los impulsos de su corazón."

LENOX. Sí, sí. ¡Está muy bien!

(*Elena, que ha estado observando a Lenox y a Jim, se va acercando a ellos. El Aduanero vuelve por el foro derecha y pasa a la izquierda, el*

Oficial 1.º *se separa de la verja y se acerca a* Lenox.

ESCENA IV

Dichos, el Aduanero, que vuelve, y Friedrich.

OFIC. I (*Acercándose a Lenox.*) Señores: ¿Han preparado sus pasaportes para visarlos?

LENOX. (*Exhibiendo el suyo en el momento que está a su lado Elena.*) Aquí está.

OFIC. I (*Mirándolo.*) ¡Ah! Norteamericanos. Muy bien. (*Se marcha, desapareciendo por el foro.*)

JIM. No ha mirado el mío.

LENOX. No te preocupes; el funcionario que está allí en la mesa lo mirará detenidamente.

JIM. Ya hay menos gente.

LENOX. Vamos.

(*En el momento que intenta dirigirse a la mesa se le acerca Elena.*)

ELENA. Perdón caballero. ¿Puedo hablar con usted unas palabras?

LENOX. (*Mirándola.*) Seguramente, señora.

ELENA. (*Mirando a Jim.*) A usted solo.

LENOX. Jim, espérame un momento.

JIM. Muy bien, mi coronel.

ELENA. (*A Lenox.*) ¿Puedo atreverme a pedirle que me ofrezca su brazo?

LENOX. Con mucho gusto.

ELENA. Pasearemos para no llamar la atención.

JIM. (*Sentándose sobre una maleta. Aparte.*) ¡Hum!... A la señora Lenox no le gustaría esto.

ELENA. (*A Lenox.*) Caballero, yo soy americana, y vengo a Rusia para reunirme con mi marido, que vino antes. Tenía un pasaporte para los dos, y habíamos quedado en que vendría a buscarme aquí, a la estación fronteriza. No le veo y temo no poder pasar la verja. Estoy en un terrible compromiso.

LENOX. Señora, no sabe usted lo que siento... Pero no conozco aquí a nadie No soy más que un ofi-

cial americano con licencia, sin una situación oficial.

ELENA. Perdóneme usted que insista, pero ahora, cuando ha enseñado usted el pasaporte, he creído ver que decía "y su esposa"...

LENOX. Verdad... Mi mujer debía haberme acompañado, pero, a punto de emprender el viaje, se sintió enferma y ha preferido quedarse en Paris, en casa de unos amigos.

ELENA. Pues bien, caballero, ¿no podría yo franquear esa verja pasando por su señora?

LENOX. (*Sobresaltado.*) ¡Por mi esposa! Escuche usted. señora. Me pide usted una cosa...

ELENA. (*Interrumpiéndole.*) ¡Oh! Caballero... Es usted mi compatriota. No me abandone usted así. Es necesario que yo pase la frontera. No me niegue usted este favor.

ELENA. Ya verá usted..., todo saldrá bien. Ya me han tomado por su esposa: no me han pedido el pasaporte.

(*Durante esta conversación casi todos los viajeros han pasado la verja. Sólo quedan en escena los equipajes de Lenox y de Elena. El Aduanero se acerca a Jim.*)

ADUAN. (*A Jim.*) ¿Quiere usted abrir esta maleta?

JIM. Sí, señor. (*Abre la maleta del coronel.*)

ELENA. (*A Lenox, tendiéndole un manojo de llaves.*) Ahí están mis llaves. ¿Será usted tan bueno que se las entregue a ese hombre?

LENOX. (*Vacilando.*) Es que...

ELENA. (*Mirándole con ojos suplicantes.*) Se lo ruego...

LENOX. No es posible resistir a esos ojos. (*Entregando las llaves al Aduanero.*) Jim, ahí van las llaves de esa maleta. (*El Aduanero la abre.*)

ELENA. (*A Lenox.*) ¡Cuánta gratitud le debo! En Vilna encontraremos a mi marido, que le dará las gracias por su galantería. (*Al Aduanero, que manipula sin miramientos el contenido de la maleta.*) ¡Oh!, amigo mío. Por favor, trate con cuidado mi ropa.

ADUAN. (*Molesto.*) Cumplo con mi deber.

FRIED. (*Entrando por el foro. Viste uniforme de oficial; al Aduanero.*) ¡Basta, perro!

ADUAN. (*Reconociendo a Friedrich.*) ¡Oh, perdón, excelencia!

FRIED. (*Saluda.*) Cierra la maleta de esa señora.

ELENA. (*A Friedrich.*) Se lo agradezco, caballero.

FRIED. Me complace, señora, hacer respetar... (*Señalando la maleta.*) algunas de las armas de una mujer bonita. (*Saluda a Elena y a Lenox y traspone la verja. El centinela le presenta armas, y el oficial le saluda.*)

LENOX. (*A Elena.*) Decididamente tiene usted un encanto poderoso. (*Llamando a Jim.*) Jim, al mismo tiempo que de mi equipaje, cuida del de esa señora. (*Mirando a Elena.*) ¿Señora?...

ELENA. (*Sonriendo.*) ...de Lenox, puesto que me autoriza usted a llamarme así provisionalmente.

JIM. ¿Cómo?

LENOX. (*A Jim.*) Sea..., de Lenox. (*Más bajo.*) Hasta que traspasemos la verja... Esta señora ha olvidado su pasaporte.

JIM. ¡Ah! ¡Bueno! (*Recoge las maletas.*)

LENOX. (*A Elena, dirigiéndose hacia la verja.*) Ahí tiene usted sus llaves.

ELENA. Guárdelas. Eso parecerá más conyugal.

LENOX. Es muy cierto.

(*Llegan a la verja. Lenox enseña su pasaporte; el funcionario lo examina, pone un sello y los dos franquean la verja. Detrás pasa Jim, cargado. Este desaparece por el foro derecha con sus maletas haciendo señas como si llamase a un mozo.*)

LENOX. (*Sonriendo.*) Bueno, está hecho. Ya estamos en Rusia.

ELENA. (*Repitiendo maquinalmente.*) Sí... Estamos en... (*Vacila.*)

LENOX. (*Sosteniéndola.*) ¿Qué la pasa?

ELENA. No es nada... Un desvanecimiento. Sin duda el frío intenso, al salir del vagón.

LENOX. Ahí está el buffet. Venga usted y tomaremos una taza de chocolate bien caliente.

ELENA. (*En la puerta del buffet, lanzando una mirada al interior.*) Ahora es imposible.

LENOX. (*Imitándola.*) Efectivamente. No hay una sola mesa vacía.

ELENA. Habrá que tener paciencia.

(*Al marcharse todos los viajeros, en la verja sólo quedan el centinela y el funcionario que está en la mesa.*)

ESCENA V

Elena, Lenox, en derecha; el Fucionario y el Centinela en la izquierda; en seguida, Friedrich y un Mozo del buffet, luego Oficial I.

FRIED. (*Saliendo del buffet.*) No, señora... (*Volviéndose hacia el interior y llamando.*) ¿Eh? ¡Mozo! Ven aquí. (*Asoma un Mozo.*) Puesto que está lleno, trae una mesita. (*El Mozo entra en el buffet. A Elena.*) La belleza, como el gran Rey Luis XIV, no debe esperar... (*A Elena y a Lenox.*) Aqui, al lado del brasero, no tendrán ustedes frío.

ELENA. Caballero, es usted muy amable. (*Señalando a Lenox.*) Es la segunda atención que mi marido y yo tenemos que agradecerle en pocos minutos.

FRIED. Señora, por Dios.

(*El Mozo vuelve con una mesita y sillas, que coloca cerca de la entrada, y se inclina, esperando órdenes.*)

FRIED. (*A Elena y a Lenox.*) ¿Quieren ustedes tomar? ¿Té? ¿Chocolate? ¿Tostadas?

ELENA. (A Lenox.) ¿Qué vas a tomar, William?

LENOX. (*Sorprendido ol oirse llamar pōr su nombre.*) ¡Cómo! (*Reponiéndose.*) Tomaré té con tostadas.

FRIED. Muy bien. (*Al Mozo.*) Té, tostadas y mantequilla. (*Sale el Mozo. A Elena.*) Me permite usted, señora, que tome asiento para descansar en compañía de ustedes.

ELENA. Se burla usted, caballero. Esta mesa es de usted.

FRIED. (*Sentándose a su lado.*) ¡No! ¡No me lo agradezcan ustedes! Yo soy el obligado. Los rusos queremos demostrar que valemos más que nuestra reputación. (*Al ver un gesto de Lenox.*) Sí, sí..., yo sé que en el extranjero nos tienen casi por unos salvajes; gentes sin educación... Por eso, me satisface que unos americanos como ustedes puedan hoy darse cuenta... (*En este momento el Oficial 1.º, que entra por el foro, saluda a Friedrich.*)

OFIC. I Excelencia...

FRIED. (*Se levanta y se dirige a él.*) ¿Qué hay? (*El oficial le dice unas palabras en voz baja.*) Está bien. (*A Elena y Lenox.*) Les ruego me perdonen un minuto. Un asunto urgente...

ELENA. ¡No faltaba más!

(*Sale Friedrich por el foro con el Oficial.*)

ESCENA VI

Lenox, Elena, Centinela, Funcionario, el Mozo y después Jim.

LENOX. (*A Elena, mientras el Mozo sirve lo pedido.*) Estos oficiales rusos son efectivamente muy corteses. ¿No lo cree usted así?

ELENA. (*Con ligera ironía.*) En efecto... Creo que tienen cualidades insospechadas... (*El Mozo ha servido y se va.*)

LENOX. Este debe tener una alta graduación.

ELENA. Sí, estará encargado de la vigilancia general de la estación fronteriza.

LENOX. Señora, ahora mismo me acaba usted de llamar "William". ¿Ha leído usted mi nombre en el pasaporte?

ELENA. (*Sonriendo.*) Sin duda.

LENOX. ¿Puedo a mi vez hacerle una pregunta? Estoy impaciente por conocer el nombre de... mi mujer.

ELENA. Es muy natural..., me llamo Elena.

LENOX. Elena... ¿Y el nombre del marido?

ELENA. Pues..., hasta nueva orden, Lenox, ya que...

LENOX. ¡Ah, no!... Ahora es preciso decirlo.

JIM. (*Que asoma en el foro derecha con un maletín.*) Mi coronel, todos los equipajes los van a poner en el rápido de San Petersburgo, excepto esta maleta, que es la mía, y este saco, de mi coronel, que prefiero llevarlo consigo.

LENOX. Bien, Jim... Cómete esa tostada y bebe esa taza de té.

JIM. (*Sentándose en una silla a cierta distancia de la mesa.*) Gracias, mi coronel.

LENOX. (*A Elena.*) ¡Bueno! ¿Y ese nombre? (*Entra Friedrich por el foro derecha.*)

ESCENA VII

Dichos y Friedrich.

FRIED. Mil perdones otra vez... (*Se sienta entre Elena y Lenox y se sirve té.*) Se trataba de un asunto muy serio... Acabamos de detener a una persona que trataba de entrar en Rusia con un pasaporte falso.

(*Jim sufre un ataque de tos.*)

ELENA. ¡Con un pasaporte falso! ¿Era un hombre o una mujer?

FRIED. Un hombre.

ELENA. ¡Ah! ¡Ah! (*Con alegría un poco forzada.*) Si hubiese sido una mujer..., una mujer bonita, ¿habría usted venido tan pronto a hacernos compañía?

FRIED. Sí, señora... Las más seductoras criminales perderían todo su poder sobre mí.

LENOX. (*A Friedrich.*) ¿Es que... considera usted criminal el uso de un pasaporte falso?

FRIED. Ciertamente. Y la pena con que se castiga es tan grave, que nadie se atrevería a incurrir en ella así, a la ligera.

LENOX. El castigo... ¿Una multa? ¿Prisión?

FRIED. Peor que eso: la Siberia... Allí van los culpables y sus cómplices.

JIM. ¡La Siberia!

LENOX. (*Nervioso.*) Sí que es severo el castigo, en efecto.

ELENA. (*A Lenox.*) William... ¿más té?

LENOX. No, gracias. (*A Jim, que da manifiestas señales de terror al escuchar aquello.*) ¿Quieres otra tostada?

JIM. No, gracias, mi coronel ¡No tengo apetito!

FRIED. (*A Elena.*) Señora, me parece que tiene usted frío. Está muy pálida

ELENA. (*Mirándose en el espejo de su bolso.*) ¡Oh es verdad! Necesito arreglarme un poco. (*Se levanta, deteniéndose ante la puerta del buffet.*) ¡Pero cuánta gente!

FRIED. (*Levantándose apresurado.*) Si usted me lo permite, haré que la dejen un sitio.

ELENA. Caballero, estamos abusando de su bondad. (*A Lenox.*) ¿Me permites, amigo mío? Vuelvo al momento.

(*Entra en el buffet, seguida de Friedrich.*)

ESCENA VIII

Lenox, Jim, Funcionario y Centinela.

JIM. ¡Bueno!..., mi coronel, ya estamos embarcados.

LENOX. Sí..., ha sido una gran imprudencia.

JIM. ¡Hum! ¡Mis presentimientos!

LENOX. Mira, déjame en paz con tus tonterías.

JIM. Estamos arreglados: la Siberia. ¡Yo, que sólo he traído tres camisetas de lana!

LENOX. Esta señora, sin duda, ignoraba las consecuencias.

JIM. Y es tranquila... ¡No se ha azorado!

LENOX. ¡Diablo! ¡Ante el Inspector de la estación!

JIM. ¿Me permite usted un consejo, mi coronel?

LENOX. Habla.

JIM. Vámonos.

LENOX. ¿Marcharnos?

JIM. ¡En seguida! Traspasamos esa verja de la desgracia y tomamos el primer tren para París.

LENOX. (*Vacilando.*) Es absurdo... Mañana tengo un asunto muy importante en San Petersburgo.

JIM. Mi coronel lo arreglará más fácilmente desde París que desde la Siberia.

LENOX. ¡Más bajo, animal!

JIM. (*Suplicante.*) ¡Vámonos!

LENOX. Sea... (*Dirigiéndose hacia la verja.*) Esto es algo ridículo. (*Va a pasar la verja. El Soldado cruza su fusil, deteniéndoles.*)

FUNCI. ¡No se puede pasar!

LENOX. ¿Cómo? ¿No se puede pasar?

FUNCI. (*A Lenox.*) ¿Su pasaporte?

LENOX. ¿Mi pasaporte?

FUNCI. Sí..., para salir de Rusia.

LENOX. ¡Perdón! Acaba usted de verme entrar hace un cuarto de hora.

JIM. Venimos de Berlín.

LENOX. Hemos olvidado en el tren un paquete que nos es indispensable.

FUNCI. Para salir tienen que hacer visar sus pasaportes en la oficina de policía.

JIM. Pero si no tenemos tiempo.

LENOX. Y yo no puedo perder ese paquete.

FUNCI. Y yo le digo que no pasará usted. (*El Soldado vuelve a cruzar la bayoneta.*)

JIM. (*A Lenox.*) ¡Estamos frescos!

FUNCI. (*Llamándoles.*) Caballero, acaso haya un medio...

LENOX. (*Esperanzado.*) ¡Ah!

JIM. (*Rápidamente.*) ¡Aceptado!

FUNCI. (*A Lenox.*) Si quiere usted indicarme el paquete, haré que lo busquen; y si lo encontramos, se lo enviaré a San Petersburgo.

LENOX. (*Aplanado.*) ¡Ah! bien, gracias.

FUNCI. ¿Qué es el paquete?

LENOX. Es... una cartera... de piel...

JIM. }
LENOX. } (*Al mismo tiempo.*) Roja... Amarilla...

JIM. Amarilla.

LENOX. Atada con una correa...

(*Da una moneda al Funcionario.*)

FUNCI. (*Saludando.*) Dentro de veinticuatro horas su cartera estará en la estación de San Petersburgo, esté usted tranquilo.

LENOX. Gracias.

(*El Funcionario se dirige al foro, por donde desaparece. En la puerta del buffett aparece Elena.*)

JIM. (*A Lenox que se aleja hacia la derecha.*) ¡Ah!... sí; podemos estar tranquilos. Tiene cosas que hacen reir ese empleado. ¡Y decir que hay gentes que no creen en los presentimientos!

(*Lenox se encoge de hombros.*)

ESCENA IX

Lenox, Jim, Centinela; Elena y Friedrich.

ELENA. (*Que ha salido del buffet hace un instante y ha escuchado el final de la conversación. Llama.*) ¿Qué... William?

LENOX. Señora... (*Reponiéndose al ver a Friedrich, que ha salido tras de ella.*) ¿Qué ocurre, mi querida Elena?

ELENA. ¿Cómo habéis dejado la mesa? ¿Es que sientes alguna molestia?

LENOX. Nada absolutamente. Estaba preocupado por el departamento que nos han de reservar.

FRIED. Le suplico que me deje a mí ese cuidado.

LENOX. Caballero... No puedo permitir...

FRIED. Si, sí... permítame que por una vez usurpe su puesto. (*A Lenox.*) Apostaría a que hacen ustedes su viaje de novios.

LENOX. ¿Nuestro viaje?... ¡Oh! ¡No!

ELENA. Hace muchos años que estamos casados.

JIM. (*Aparte.*) ¡Si que tiene tupé!

FRIED. (*A Elena.*) Mi enhorabuena, señora. Ha sabido usted conservar en su marido el más atento de

los enamorados. (*Elena ruborizada, baja los ojos.*) Pero creo que se burla usted de mí... Sólo una recién casada se ruboriza así.

ELENA. ¡Caballero!

FRIED. Perdone usted mi indiscreción. ¿Van ustedes a San Petersburgo?

ELENA. Sí señor.

LENOX. (*Rápidamente.*) ¿Cómo a San Petersburgo?

FRIED. ¿Qué?

ELENA. (*A Lenox, con autoridad.*) Sí, William, vamos allí directamente. Ya sabes que hemos renunciado a detenernos en Vilna.

LENOX. (*Subyugado.*) ¡Ah! sí es verdad.

FRIED. Voy a que reserven dos camas. (*Señalando a Jim.*) y una plaza para su criado.

JIM. ¡Oh! por mí no se moleste.

FRIED. Sí..., voy en seguida... Hasta ahora. (*Sale por fondo derecha.*)

ESCENA X

Elena Lenox y Jim.

LENOX. (*A Elena muy fino.*) Señora no comprendo... ¿No me había dicho usted que su marido la espera en Vilna?

ELENA. En efecto, caballero. Pero nuestro atento Inspector había visto su billete para Petersburgo. ¿Cómo le habría usted explicado la prisa por desembarazarse de mí?

LENOX. (*Protestando cortesmente.*) ¡Oh! ¡Mi prisa!

ELENA. No lo niegue usted... He comprendido perfectamente que usted y su criado intentaban pasar la frontera de nuevo.

JIM. ¡Demonio!

LENOX. (*Azorado.*) ¡Dios mío, señora! confieso que al acceder a su deseo no calculé los peligros...

JIM. —¡El knout! ¡La Siberia!

LENOX. (*Severo.*) Jim, cuida de no hablar más que cuando te pregunten.

JIM. Bien; mi coronel

ELENA. (*A Lenox.*) Caballero créame usted que estoy más desesperada que usted por haberle metido inconscientemente en una aventura peligrosa. Pero ahora ya no es posible retroceder.

LENOX. Es evidente.

ELENA. Si usted o el señor Jack...

JIM. ¡Jim!

ELENA. ...Jim se traicionan, cometiendo la más ligera falta, seremos detenidos en el acto.

JIM. (*Aparte.*) ¡Haga usted un favor a una señora....

ELENA. (*A Lenox.*) Y si por casualidad hubiese usted podido pasar la frontera me habría usted dejado en una situación espantosa.

LENOX. ¡Señora!

ELENA. (*Rápidamente.*) Sola en Rusia, sin pasaporte, me hubiese convertido en una vagabunda, en una sospechosa. Estaba a merced de los policías del Zar. ¡Oh, caballero! Eso no hubiera sido digno de un norteamericano, y yo le aseguro que en semejantes circunstancias, Dick Gaines no se hubiera conducido así.

LENOX. ¡Dick Gaines!

ELENA. (*Sorprendida.*) ¡Claro! Sí... Dick Gaines, mi marido...

LENOX. ¿Su marido?... Dick Gaines, que en 1868 estaba en la Escuala Militar de West-Point.

ELENA. El mismo.

LENOX. Dick Gaines, mi antiguo camarada, al que no veo hace quince años... ¡Es usted su mujer! ¡Qué coincidencia!

ELENA. Muy dichosa para mí.

LENOX. Yo soy el que está encantado.

ELENA. Tal vez ahora, que sabe usted a quién favorece. Pero confiese usted que había comenzado a inspirarle alguna inquietud.

LENOX. ¡Dios mío!

ELENA. Dígamelo francamente. ¿Me había usted tomado por una aventurera?

LENOX. ¡Perdóneme usted! No podía sospechar... Pero

deme usted noticias de mi viejo Dick... ¿Cómo está?

ELENA. Muy bien. Pronto podrá usted juzgar.

LENOX. ¿Y sus asuntos? ¿Está contento?

ELENA. Muy contento.

LENOX. ¿Sigue teniendo muchos clientes?

ELENA. Cada vez más.

LENOX. ¿Y ha podido abandonarlos para venir a Rusia?...

ELENA. ¡Oh! Es un asunto profesional. Le han llamado a consulta. Un rico Boyardo. Para una afección cardíaca.

LENOX. ¡Una afección cardíaca! Cuando yo le conocí se dedicaba a la Odontología.

ELENA. En efecto, pero abandonó eso. Prefiere dedicarse a la Medicina general.

LENOX. Eso es más interesante. ¿Y Mamié, cómo está?

ELENA. ¿Mamié?

LENOX. Su hermana... la linda Mamié, que conocí en West-Point.

ELENA. ¡Oh! Mamié hace mucho tiempo que se casó. Vive en México.

LENOX. ¿Con quién se casó?

ELENA. Con un tal Smithson..., ingeniero. (*Rápidamente, para romper el cerco.*) ¿De modo que es usted un antiguo camarada de mi Dick? (*Viendo a Friedrich que entra foro derecha.*) Aquí está nuestro amable inspector.

ESCENA ULTIMA

Dichos, y Friedrich.

FRIED. Ya está hecho. Tienen ustedes reservado un departamento para los dos hasta San Petersburgo.

ELENA. ¿Cómo agradecerle a usted...?

FRIED. Con una sonrisa. (*Se sonríe Elena.*) ¡Eso es! Soy yo el deudor... (*A Lenox.*) Y si necesitan ustedes algo en San Petersburgo...

LENOX. Mil gracias... Tengo allí parientes... los Weletsky.

FRIED. ¿Los Weletsky? ¿Constantino Weletsky? ¿El consejero íntimo del Zar?

LENOX. El mismo. Somos primos.

FRIED. ¡Ah! Es usted, pues, primo del joven Weletsky, el sobrino de Barile...

LENOX. Efectivamente.

FRIED. El bello Sacha Weletsky, el terror de nuestras grandes señoras, el Don Juan de San Petersburgo.

ELENA. (*Sonriendo.*) Conocemos su reputación.

FRIED. Veo que la corte va a hacer una encantadora adquisición.

LENOX. ¿Cómo?

FRIED. Con su esposa.

LENOX. Estaremos allí muy poco tiempo. He venido para asistir a un Consejo de Administración de una Compañía en la que tengo comprometidos grandes intereses: la de petróleos del Volga.

FRIED. Sí... La Sociedad se modifica. Ha dimitido el señor Pauloff.

LENOX. (*Sorprendido.*) ¿Sabe usted eso?

FRIED. (*Sonriendo.*) Eso, y muchas cosas más. (*Suena una campana en el foro.*) Ya anuncian la salida de un tren. (*A Lenox, que quiere pagar al mozo.*) ¡No, se lo ruego! Déjeme usted el placer de haberles ofrecido el primer "lunch" en tierra rusa. (*Paga al mozo.*)

LENOX. ¡Sea! ¡Le debo la revancha!

FRIED. No será difícil. Yo voy también a San Petersburgo.

LENOX. Al menos, ¿podré saber a quién somos deudores de tantas atenciones?

FRIED. Con mucho gusto... (*Saca una tarjeta de su cartera.*) Ahí tiene usted mi tarjeta. (*Saludando a Elena.*) Señora, mis respetos... Caballero..., hasta que tenga el honor de volverle a ver. (*Sale rápidamente por el foro. Movimiento general de viajeros que se dirigen al andén.*) . .

LENOX. Vamos, Jim, coge las maletas.

JIM. Bien, mi coronel.

ELENA. (*A Lenox.*) ¿Se puede saber quién es nuestro amable cicerone?

LENOX. En seguida. (*Leyendo la tarjeta.*) "Barón Friedrich".

ELENA. (*Ahogando una exclamación de susto.*) ¡Ah!

LENOX. ¿Le conoce usted?

ELENA. ¡Es el nuevo jefe de Seguridad!

JIM. (*Dejando caer las maletas.*) ¡Bueno!... ¡Ahora sí que nos la hemos ganado!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una parte del hall del Hotel Europa, en San Petersburgo. Al fondo, una gran cortina, que al abrirse deja ver la puerta de entrada y el "bureau" del portero. A la izquierda se entrevé el ascensor y la escalera principal. En la escena, los muebles de costumbre en los halls de los grandes hoteles: butacas, mesitas, plantas, etc.

ESCENA I

Lenox, Elena, Jim y el encargado del hotel.

ENCAR. Caballero siento infinito hacerle esperar.

LENOX. (*Entrando fondo con Elena, seguido de Jim. Este viene lúgubre y llevando siempre la maleta y el maletín. Lenox parece de muy mal humor. Al encargado del hotel.*) Pero, señor, ¿por qué hemos de esperar? Si el hotel está realmente lleno, iremos a otra parte...

ELENA. (*A Lenox.*) Amigo mío, puesto que el señor asegura que esperando un poco...

ENCAR. Seguramente, señora... Todas las habitaciones están pedidas, pero no se ocuparán todas, y en una hora a lo sumo podremos complacer a ustedes.

LENOX. Una hora esperando en el hall...

ENCAR. Está casi desierto... Los viajeros no han salido aún de sus habitaciones...

LENOX. ¡Dichosos viajeros! (*A Jim.*) Bueno, Jim, ocúpate de contar nuestro equipaje... hasta que sepamos dónde meterlo.

JIM. Bien, mi coronel. (*Al encargado, dirigiéndose con él hacia el foro.*) Dígame, señor, ¿cuántos trenes diarios salen para París? (*Salen.*)

ESCENA II

Lenox y Elena.

ELENA. (*Con dulzura.*) ¡William!

LENOX. (*Secamente.*) Señora...

ELENA. ¡Oh, perdón! ¡Es verdad! Ahora que estamos solos es inútil que le llame por su nombre; pero... es la costumbre.

LENOX. No suponga usted que me fijo en esos detalles.

ELENA. Parece que está usted contrariado. ¿Tengo yo la culpa?

LENOX. Sí y no.

ELENA. Explíquese usted.

LENOX. Estoy intranquilo, no se lo oculto. Intranquilo y sorprendido, porque, al fin y al cabo, Dick Gaines, su marido, no la esperaba en Vilna.

ELENA. Crea usted que yo he sido la más sorprendida.

LENOX. ¡Oh! Pero pronto se le pasó a usted. Lo mismo que ahora cuando hemos llegado a la estación de San Petersburgo y ha visto que su marido tampoco estaba en el andén.

ELENA. Yo no soy una mujer que pierde el tiempo en lamentaciones inútiles.

LENOX. Admiro su resignación; pero el caso es que no puede prolongarse semejante situación.

ELENA. Opino como usted.

LENOX. Después de hacer el viaje juntos, venimos a parar al mismo hotel.

ELENA. ¿Y qué medio tenemos para evitarlo? El propio jefe de Seguridad nos ha puesto en el coche y ha dado la dirección del hotel al isvostchik...

LENOX. ¿A quién?

ELENA. Al cochero.

LENOX. Yo creí que era la primera vez que venía usted a Rusia.

ELENA. Sí... ¿Es que le sorprende que sepa decir cochero en ruso? Siempre, antes de emprender un viaje, me documento...

LENOX. Ya lo veo...

ELENA. ¡La maldita fatalidad ha puesto en nuestro camino a ese barón Friedrich!...

LENOX. ¡Oh! Usted ha ayudado al destino tratando a ese viejo mono con refinada coquetería...

ELENA. ¡Pura política! Ya sabe usted que estamos en un trance difícil.

LENOX. ¡A quién se lo dice usted! Y ese trance lo ha agravado usted 'dejándose presentar con mi nombre a la princesa Palitzine y a su hija.

ELENA. ¡Siempre la fatalidad! ¿Podía yo negar al barón Friedrich el ir a saludar a la princesa, que había manifestado su deseo de conocerme en vista de la descripción que le había hecho de mí?...

LENOX. ¡Al menos, pudo usted excusarse de permanecer allí, en el departamento de esas señoras, durante casi todo el viaje, dejándome "tete a tete" con ese maldito policía!

ELENA. Esas señoras se negaban a dejarme salir...

LENOX. ¡Oh!... ¡Naturalmente! ¡Las habrá usted conquistado también!

ELENA. '¿También?... ¿Debo deducir de este adverbio que tiene usted mejores sentimientos?

LENOX. ¡Perdóneme! Tengo un carácter endemoniado.

ELENA. ¡No, coronel! Me gusta mucho su carácter, y yo soy la que le ruego perdone tanto como le molesto.

ESCENA III

Elena, Lenox, Jim y después el groom.

JIM. (*Entrando foro.*) Mi coronel, el equipaje está completo...

LENOX. Bien.

JIM. ¿La señora desea que yo intente buscar a su marido?

ELENA. ¿Y cómo, amigo mío?

JIM. Tomando un coche por horas y yendo a preguntar por don Dick Gaines por todos los hoteles de la capital.

ELENA. No sueñe usted en eso... En San Petersburgo son innumerables los hoteles...

JIM. Perdón, el portero me acaba de decir que sólo hay cinco o seis buenos.

ELENA. Pues bien, señor Jim, no está mal su idea.

LENOX. Ve, Jim, y procura traernos al señor Gaines.

JIM. Mi coronel, puede contar con que haré todo lo posible. (*Sale.*)

LENOX. Tal vez esto le haga a usted ganar tiempo.

ELENA. ¡Tal vez!... Y a usted librarse pronto de mi molesta persona...

LENOX. (*Protestando.*) ¡Oh, eso de molesta!... El caso es que yo no puedo desear que Jim fracase en sus gestiones...

ELENA. ¡Ah, no! ¡Pobre maridito!

LENOX. ¡Qué dirá al encontrarla instalada en este hotel con el nombre de otro!

ELENA. (*Mirando a todas partes.*) ¡Chits! No hable tan alto!

LENOX. Estamos solos.

ELENA. (*Señalando a la cortina del foro.*) En este país, las cortinas tienen oídos. (*Rápidamente.*) Por lo menos..., así me lo han asegurado...

LENOX. (*Yendo al foro y abriendo un poco la cortina.*) No hay nadie. (*Vuelve hacia Elena.*) ¿Decía usted...?

ELENA. Nada: que Dick Gaines había de expresarle su gratitud... Conoce Rusia, y se dará cuenta de que me ha sacado usted de un mal paso, gracias a esta pequeña comedia..., que pronto se convertirá en drama..., si cometemos la menor imprudencia...

LENOX. Sabiendo todo esto y no ignorando que venía usted sin pasaporte, Dick no tiene perdón por haberla dejado...

ELENA. (*Viendo al Groom que entra foro.*) ¡Silencio!

GROOM. (*Presentando a Lenox una bandeja.*) Estos dos caballeros preguntan si el señor y la señora Lenoux quieren recibirlos.

LENOX. (*Leyendo.*) Basilio Weletsky... Alejandro Weletsky... (*A Elena.*) ¡Son mis primos!

ELENA. (*Tranquilamente.*) Bueno...; pues recibámosles... (*Al Groom.*) Que pasen.

LENOX. ¿Qué hace usted?... Yo no puedo presentarla a mis parientes.

ELENA. No hay otro remedio... Ya ha oído usted que vienen a ver al señor y a la señora de Lenox... Saben, por consiguiente, mi llegada...

LENOX. ¡Es una insensatez! Hacerla a usted pasar por...

ELENA. ¿Los Weletsky conocen a su mujer?...

LENOX. No...; pero...

ELENA. Cuando encontremos a Dick, le confiesa usted la aventura... Serán los primeros en reír...

LENOX. Y yo quedaré en ridículo...

ELENA. Un hombre galante jamás queda en ridículo... (*Muy rápida, porque la cortina se levanta para dejar paso a la visita.*) Pero en este momento le repito que sería muy peligroso descubrir mi personalidad...

ESCENA IV

Elena, Lenox, Basilio, Sacha y después el Groom.

(*Entran foro Basilio y Alejandro. El primero, unos cuarenta años; su hermano, de unos veinticinco, próximamente. Lleva uniforme de oficial de la Guardia.*)

WELETS. (*Abrazando a Lenox.*) Mi querido William: acabamos de saber tu llegada y la de nuestra prima Laura... Alejandro y yo nos hemos apresurado...

LENOX. ¡Sois muy atentos!

WELETS. (*Indicando a Elena.*) Pero preséntanos...

LENOX. Con mucho gusto. (*A Elena.*) Mi querida Laura: te presento a nuestro primo..., Basilio Weletsky, chambeland del Zar...

WELETS. (*A Elena.*) Prima... ¿Me permite usted...? La costumbre rusa exige que se bese...

ELENA. (*Sonriendo.*) Sigamos la costumbre...

WELETS. (*Besándola.*) Nunca fué tan agradable de observar una costumbre.

SACHA. (*Con entusiasmo.*) ¡Es verdad!

WELETS. (*A Elena.*) La presento a mi hermano Alejandro, llamado Sacha, Comandante de los Caballeros Guardias...

SACHA. Prima, ¡puedo atreverme a reclamar el mismo privilegio!...

ELENA. Seguramente... (*Sacha la besa.*) Primo, nos conocemos ya por la reputación...

SACHA. ¡Vaya, está bien!... Ya le han hablado mal de mí.

ELENA. No no; mal, no...

WELETS. (*A Lenoux.*) Además, ya es hora de que Sacha se formalice. Está comprometido...

LENOX. ¿Y se puede saber...?

WELETS. Con Dozia Palitzine...

LENOX. ¿La hija de la Princesa?

SACHA. Ya conocéis a esas señoras; mi prima ha viajado con ellas.

SACHA. La Princesa ha sido la que nos ha dicho que habíais llegado en el mismo tren que ella, y que parábais aquí.

WELETS. Nos ha sorprendido. (*A Lenox, señalando a Elena.*) En tu última carta nos decías que Laura, ligeramente indispuesta, se quedaría en París.

LENOX. Sí; pero a última hora se decidió...

SACHA. Es una fortuna...

WELETS. (*A Lenox, que mira con frecuencia al foro, con marcada impaciencia.*) ¿Qué te ocurre, William? ¿Esperas a alguien?

LENOX. Espero que el encargado del hotel nos dé una habitación...

WELETS. ¡Cómo! Pero ¿estáis así? Entonces, la solución es muy sencilla...

SACHA. Os venís a casa...

LENOX. (*Rápidamente.*) ¡Eso es imposible! Nos vamos mañana...

WELETS. Mi mujer lo sentirá mucho. Le hubiera gustado teneros allí.

SACHA. Pero ¿por qué esa prisa de marchar?

ELENA. William tiene importantes negocios que le reclaman en Nueva York.

(*Entra el Groom y le entrega una tarjeta a Lenox.*)

LENOX. (*Leyendo.*) El Barón Friedrich...

ELENA. (*Al Groom.*) ¿Está ahí?

GROOM. Su excelencia sólo quiere decirle una palabra...

LENOX. Que pase...

WELEST. ¿Conocías al Barón?

LENOX. Sí... Se presentó a nosotros en la estación de la frontera.

SACHA. ¡Bonita amistad! Un trasto...

WELEST. ¡Cállate, Sacha! El Zar no quiere que se critique a su hombre de confianza.

SACHA. Me es igual. (*Besando la mano a Elena.*) Mi bella prima, ¿cuándo la veremos?

WELEST. Supongo que a las dos... ¿Almorzaréis en casa?

LENOX. Tal vez... Sí... Si no nos hacen esperar demasiado la habitación.

WELETS. Bueno; pues entonces..., hasta luego... (*Se dirige al foro, seguido de Sacha. Ambos se cruzan con el Barón Friedrich, que les hace un saludo ceremonioso, al que contestan fríamente.*)

ESCENA V

Lenox, Elena y Friedrich.

FRIED. (*A Elena y a Lenox.*) Señora, y usted, coronel, seguramente les pareceré inoportuno.

ELENA. De ningún modo, Barón...

LENOX. (*Con delicada ironía.*) ¡Al contrario!

FRIED. Tenía que ver a alguien en este hotel. He de vigilarlo particularmente... Si mis informaciones son exactas..., entre el personal se ocultan algunos nihilistas...

ELENA. ¡Nihilistas! ¿Será posible?

FRIED. ¡Ah, señora!... Esas gentes son capaces de todo. Saben que se ha descubierto el secreto de sus comunicaciones postales y telegráficas, y hacen inauditos esfuerzos para transmitir la nueva cifra a sus cómplices de Rusia...

ELENA. Para ello será preciso que uno de sus cómplices franquee la frontera...

FRIED. Sí: uno o una. Y en este caso confío en saberlo el primero para prepararle a él o a ella un recibimiento digno de sus méritos; pero no hablemos más de mi triste clientela; acabo de preguntar por ustedes al portero... Me ha dicho que aún no habían subido a su habitación.

LENOX. Porque...

ELENA. Estamos esperando que haya habitación vacante.

FRIED. ¿Cómo? El portero no se ha atrevido a decirme tal cosa.

ELENA. Es la verdad.

FRIED. ¿Tienen la osadía de hacerles esperar? ¿A ustedes, a quienes les he indicado yo mismo este hotel? (*Subiendo hacia el fondo.*) Un minuto; con su permiso. ¡El director se va a acordar de mí!

LENOX. (*Siguiéndole.*) Barón, no se moleste.

ELENA. Se nos olvidó hacer constar que veníamos recomendados por ustedes.

FRIED. ¡Grave imprudencia, señora! La protección del Barón Friedrich pesa, créame usted. (*Muy amable.*) Y, ya que la casualidad ha puesto a ustedes bajo mi égida desde su entrada en Rusia, procuraré en todo momento hacerles agradable su estancia. Espérenme un momento; vengo en seguida. (*Sale rápidamente foro.*)

ESCENA VI

Lenox, Elena y después el Groom.

LENOX. Este policía es de una amabilidad...

ELENA. Terrible.

LENOX. ¿Cree que no sospechará nuestro fraude?

ELENA. No... Ve en usted, sencillamente, a un pariente del poderoso Weletsky...

LENOX. Y, sobre todo, al marido de una mujer que no parece desagradable...

ELENA. **Acaso.**

LENOX. Ha sufrido el flechazo..., como mi joven primo Sacha Weletsky. ¡Después del jefe de Seguridad, el bello caballero guardia! Su coquetería es eléctrica, señora Dick Gaines.

ELENA. Pero ¿es que soy coqueta?

LENOX. Supongamos que lo es usted sin quererlo... En ciertas mujeres, la coquetería es tan natural, que causan maquinalmente, y sin fijarse ni darle la menor importancia, los más grandes estragos en los imprudentes que creen leer en sus ojos un aliento.

ELENA. Verdaderamente, coronel, ¿se lee eso en mis ojos?

LENOX. Lo ignoro, señora... Mi antigua amistad con Dick no me permite tratar de descifrarlo.

ELENA. (*Muy coqueta.*) ¿Y si yo no fuera la mujer de Dick?

LENOX. ¡Si usted...! ¡Oh, entonces...! (*Cambiando de tono.*) Pero no hagamos suposiciones absurdas y atendamos a lo más urgente... ¿Sabe usted la indiscreción de la Princesa Palitzini con mis primos me pone en situación difícil?

ELENA. ¿Por qué?

LENOX. Laura, mi verdadera mujer, tiene que saber necesariamente que he presentado a otra con su nombre.

ELENA. Ya la explicará usted por qué serie de circunstancias...

LENOX. ¡Quiera el cielo que me crea! Ahora mismo estaba temblando al ver que usted estuvo a punto de aceptar la hospitalidad de mis primos. Esto no me lo hubiese perdonado ella nunca.

ELENA. Y usted sabe muy bien lo equivocada que estaría si se sintiese celosa.

LENOX. Sí, sí... (*Elena toca el botón de un timbre.*) ¿Pero qué hace usted?

ELENA. Una simple precaución... (*Al Groom que entra.*) ¿Quieres preguntar si ha venido alguna carta para los señores de Lenox?

GROOM. Bien, señora. (*Sale foro.*)

LENOX. Verdaderamente, señora, he aquí una comedia perfectamente inútil; estando mi mujer en París, no veo quién pueda escribir a este Hotel.

ELENA. No debemos descuidar nada.

LENOX. (*Viendo a Jim, que entra por el foro.*) ¡Ah! Ahí está Jim, que nos dará noticias de su marido.

ELENA. (*Asustada.*) ¡Más bajo, se lo suplico!

ESCENA VII

Elena, Lenox, Jim, y después el Groom.

LENOX. ¿Qué hay, Jim?

ELENA. ¿Ha tropezado usted con el señor Gaines?

JIM. Sí, señora...

LENOX. En buena hora.

ELENA. (*Estupefacta.*) ¡Cómo! ¡Cómo! ¿Ha encontrado usted al señor Gaines?

JIM. Sí, señora... Para en el Hotel de Inglaterra.

ELENA Eso debe ser una semejanza de nombre. ¿Se trata de mi marido, el señor Gaines?

JIM. Perdone usted, señora..., el señor Dick Gaines, su marido, vendrá aquí a buscarla dentro de unos minutos.

ELENA. ¡Cómo!

LENOX. (*A Elena.*) No comprendo su extrañeza, puesto que..

ELENA. (*Indicando al Groom, que trae una carta en una bandeja.*) ¡Chists!

GROOM. (*Entregando la carta a Elena.*) Una carta para la señora de Lenox.

LENOX. ¿Cómo? ¿Para le señora de Lenox?

ELENA. (*Deteniéndole con una mirada.*) ¡William! (*Al Groom.*) Está bien, gracias. (*El Groom sale foro.*)

LENOX. ¿Quiere usted explicarme...?

ELENA. (*Que lee febrilmente la carta.*) ¡Un instante, se lo suplico!

LENOX. (*Dirigiéndose hacia Elena.*) Señora, esta broma...

ELENA. (*Arrugando la carta entre sus dedos y a media voz.*) Cállese usted...

LENOX. Pero...

ELENA. (*Bajo, rápidamente.*) ¡Cállese usted y escúcheme bien! Tengo el tiempo justo para explicarle cómo puede usted salvarnos acaso a los tres.

LENOX. ¿Cómo salvarnos?

ELENA. Déjeme usted hablar. Yo no tengo marido ninguno.

LENOX. ¿Eh? Pero entonces, ¿cómo Jim?...

ELENA. Jim ha querido confundirme fingiendo haber encontrado a mi esposo.

JIM. Es lo mismo...

ELENA. De este modo esperaba librar a usted de una compañía sospechosa.

LENOX. Confieso que...

ELENA. (*Interrumpiéndole.*) Desgraciadamente, es demasiado tarde, y es indispensable que de bueno o mal grado continúe su protección conyugal.

LENOX. ¡Oh! Pero permítame usted..., yo...

ELENA. ¡Hable usted bajo, en nombre del Cielo! Precisamente, en esa carta se me advierte que este Hotel está lleno de espias, a sueldo, de Friedrich. Siéntese usted... Tome un cigarrillo.
(*Lenox obedece maquinalmente. Elena enciende una cerilla, pega fuego a la carta que acaba de recibir y que ha arrugado y se sirve de ella para encender el pitillo de Lenox, dejando que el papel se consuma en el cenicero. Durante este juego escénico Elena dice:*)
Si nos separásemos ahora, nos haríamos sospechosos en el acto y seríamos detenidos.

LENOX. Perdón, somos americanos y...

ELENA. Usted sí, pero yo no... Mi nombre es conocido y temido aquí.

JIM. ¡Dios mío, mi coronel, es una ni...!

ELENA. (*Imperiosamente.*) ¡Cállese usted, si tiene en algo su vida...! (*A Lenox.*) Cuando salimos de París, yo confiaba en poderle abandonar al llegar a San Petersburgo...

LENOX. ¿Al salir de París...? ¿Pero usted me conocía?

ELENA. Acaso... Nuestro atento Barón acaba de decirlo: era absolutamente necesario que uno de los nuestros penetrara en Rusia para reanudar la

comunicación y convenir otra clave... Supondrá usted que yo no me hubiese presentado ante la verja de la frontera sin un plan preconcebido hasta en sus menores detalles. Sabíamos que abandonaba usted París con un pasaporte para usted y su mujer, y sabíamos que la señora Lenox, que tiene un ligero parecido conmigo, no le acompañaría... Y pensamos, lógicamente, que un hombre tan galante como usted no negaría un favor a una débil mujer.

LENOX. Perfectamente combinado... Pero, ¿y Dick Gaines?

ELENA. Estábamos bien documentados sobre sus amistades de la juventud.

LENOX. (*Absorto en un pensamiento.*) ¿No es usted la mujer de Dick?

ELENA. Yo soy la señora de Lenox, y ustedes dos me comprenden muy bien. Es preciso que siga siendo la señora de Lenox hasta que salgamos de Rusia.

JIM. (*Con ironía.*) ¡Sencillamente!

ELENA. Sin lo cual, la complicidad de ustedes se demostrará a la vez que mi culpabilidad, y tendremos lo bastante para desaparecer del mundo de los vivos... Sólo su silencio puede salvarnos...

LENOX. (*Absorto.*) Nuestro silencio...

JIM. Perdón, hay otro medio...

ELENA. ¿Cuál?

JIM. (*A Lenox.*) Que mi coronel revele en el acto toda la verdad al Barón Friedrich... Verá que mi coronel ha obrado de buena fe, y sólo podrá tacharle de imprudente...

ELENA. (*Muy tranquila.*) Y probablemente, señor Jim, el Barón felicitará a su amo, que le habrá facilitado el honor de mi captura.

JIM. ¡Oh! Usted se salvará...

ELENA. No, señor Jim..., yo "no me salvaré"... Seré detenida encarcelada, martirizada... ¡Qué importa!... La idea encontrará otros mártires. (*A Lenox, siempre silencioso.*) Y nuestro padrecito el Zar deberá a un caballero americano una víc-

tima elegida... (*Viendo a Friedrich, que entra foro acompañado del encargado del Hotel.*) Aquí está el Barón, coronel... ¡Obre usted como le dicte su conciencia! Mi vida está en sus manos...

ESCENA ULTIMA

Dichos, Friedrich y el Encargado.

FRIED. (*Entra foro con el encargado, que lleva el libro de entradas.*) Querida señora..., coronel, está dispuesta su habitación.

ENCAR. El número ocho, caballero. Un salón, un cuarto de baño y dos lindas habitaciones, que dan al Neva.

FRIED. (*A Lenox, que parece dudar.*) ¿No le conviene esa?

LENOX. Sí..., sí... Oiga usted, Barón... Tengo que decirle una cosa de cierta importancia... (*Jim se acerca. Elena dirige a Lenox una mirada suplicante. Señalando a Jim.*) ¿Han pensado en mi criado?

ENCAR. Sí, caballero. Tenemos una habitación para él en el mismo piso.

LENOX. Está muy bien...

ENCAR. (*Presentando el libro.*) Caballero, ¿quiere usted tomarse la molestia de anotar su nombre para el registro de policía?

LENOX. (*Tomando el libro.*) Deme usted.

ENCAR. Aquí el apellido de familia, ahí el nombre. El de la señora...

JIM Mi coronel...

LENOX. (*Tranquilo.*) No tengas miedo, Jim, yo te inscribo.

ENCAR. ¿Una firmita? (*Recogiendo el libro.*) Ya estamos en regla.

ELENA. (*Bajo, a Lenox.*) Gracias...

FRIED. (*A Elena.*) ¿Me permite usted que la acompañe a su habitación?

ELENA. Con mucho gusto Barón...

ENCAR. (*Indicando la lateral izquierda.*) La escalera es por aquí... (*Elena y Friedrich salen los primeros, detrás del encargado.*)

JIM. (*En voz baja, a Lenox.*) ¡Bueno, ya está!

LENOX. ¿Qué dices, Jim?

JIM. No digo nada, mi coronel... Pienso, pienso que, cuando se tiene un corazón demasiado ardiente, como mi coronel..., eso puede llevar a países muy fríos..., como la Siberia...

LENOX. Cállate, animal..., y pon la maleta en mi habitación...

JIM. Bien, mi coronel... (*Sale.*)

LENOX. (*Aparte.*) ¡No es la mujer de Dick Gaines...! (*Sale izquierda.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

El saloncillo de un bello departamento del Hotel Europa. Puerta de entrada, foro derecha.—Izquierda, primer término, puerta de la habitación de Lenox.—A la derecha, puerta de la habitación de Elena.

ESCENA PRIMERA

La escena está vacía y oscura. Se oye al foro el ruido de una llave en la cerradura y después entra Elena en traje de calle y da luz; se encienden dos lámparas. En el mismo instante entra la Doncella por la derecha primer término. ..

ELENA. ¡Ah! ¿Está usted ahí?

DONCE. Sí, señora... Acabo de arreglar la habitación de la señora.

ELENA. Quédese... Me ayudará usted a desnudarme.

DONCE. ¿La señora bajará a comer?

ELENA. No. Sólo tomaré té. ¿Ha venido el coronel?

DONCE. Aún no, señora.

ELENA. Tráigame las zapatillas. Están en mi habitación. (*La Doncella obedece y vuelve con las zapatillas.*) Bien, ahora descálceme. (*En voz baja, mientras la Doncella la descalza.*) No hay nada nuevo, Aniouchka?

DONCE. (*Lo mismo.*) Nada, Sonia.

ELENA. ¿No han hecho registros aquí?

DONCE. No. (*Señalando al foro.*) En los pasillos, los espías habituales de Friedrich: el maitre de hotel, el groom...

ELENA. ¿Vigilan nuestra puerta?

DONCE. Directamente no.... y tú, ¿has podido ver a Boutuorline?

ELENA. Sí... Todo está convenido... He transmitido las

instrucciones de nuestros hermanos de París. No me queda más que reunirme con ellos.

DONCE. ¿Te volveremos a ver?

ELENA. Seguramente... Cuando necesiten de mí... ¡Si pudiera ser para dar el golpe decisivo!

DONCE. No, Sonia... Eso no es cosa de una mujer.

ELENA. ¡Quién sabe! (*Poniendo atención.*) ¡Cuidado! ¡Vienen! (*Alto.*) Tenga cuidado, hija mía. ¿No ve usted que hay un nudo en el lazo?

ESCENA II

Dichas, Lenox y Jim.

LENOX. (*Entra foro, seguido de Jim.*) ¡Ah! ¿Ya de vuelta?

ELENA. Llego en este momento. Desde que nos hemos separado después de almorzar en casa de los Welezky, no ha dejado de correr tiendas. ¡Estoy destrozada! ¿Me permites que me ponga una bata?

LENOX. ¡No faltaba más!

ELENA. (*A la Doncella.*) Venga usted. (*Salen derecha.*)

ESCENA III

Lenox, Jim, y después el Groom.

LENOX. ¿Qué hacías abajo, en el Hall?

JIM. Esperaba a mi coronel. ¡Tengo tanto miedo de que mi coronel no vuelva!

LENOX. ¿Por qué no he de volver?

JIM. Porque parece que en este delicioso país, a los sospechosos los ponen a la sombra en pleno día y mi coronel se ha hecho sospechoso, como yo. ¡No me enorgullezco de ello!

LENOX. ¡Vamos! ¡No empiezes con tus jeremiadas!

JIM. Apenas son las seis... ¿Sabe mi coronel que hay un magnífico rápido a las nueve?

LENOX. Ya lo sé.

JIM. ¿Debo preparar la maleta de mi coronel?

LENOX. Veremos. Dependerá de las cosas...

JIM. ¿Está fatigado, mi coronel?

LENOX. ¡Destrozado! No he cerrado los ojos en toda la noche.

JIM. Ni yo tampoco, mi coronel, ¿y por qué? Pero yo dormiré bien pasada la frontera. (*Llaman al foro.*)

LENOX. Adelante. (*El Groom entra foro con una tarjeta. Se la entrega a Lenox, que la lee.*) Que pase. (*Sale el Groom. A Jim.*) Es un Secretario de nuestra Embajada.

JIM. De todos modos voy a preparar la maleta. (*Sale por lateral izquierda.*)

ESCENA VI

Lenox y Smith.

SMITH. (*Entra foro muy elegante; es un hombre de unos veinticinco años.*) ¿El coronel William Bainbridge Lenox?

LENOX. Servidor.

SMITH. (*Presentándose.*) Daniel Jorge Smith, Secretario de la Embajada norteamericana.

LENOX. (*Estrechándole la mano.*) ¡Encantado! Siéntese usted, se lo ruego.

SMITH. Gracias, coronel. Ha estado usted en la Embajada a la hora del almuerzo.

LENOX. Sí... Estaban cerradas las oficinas.

SMITH. Ha dejado usted una tarjeta con las señas del Hotel. El Secretario general que le conoce, de nombre, me ha rogado que me ponga a sus órdenes.

LENOX. Son ustedes muy amables. Lo que deseaba, sencillamente, era hacer visar los pasaportes por la Embajada.

SMITH. Si quiere dármelos, se los devolverá mañana por la mañana.

LENOX. Es que... Tal vez tengamos que marchar esta noche.

SMITH. ¡Cómo! ¿Tan pronto?

LENOX. He venido únicamente para asistir a un Consejo de Administración, que se ha celebrado esta tarde, y como necesito estar en París lo antes posible.

SMITH. ¡Diablo! Hay que poner entonces el visado de salida al mismo tiempo que el de llegada.

LENOX. Precisamente... Si no ofrece eso grandes dificultades.

SMITH. Es que... Hay algunas...

LENOX. (*Molesto.*) ¡Ah! ¡Ah!

ESCENA V

Dichos y Elena.

ELENA. (*Entra derecha, con traje de casa muy elegante, seguida de la doncella, que se va en seguida por el foro.*) Dime, William... (*Viendo a Smith.*) ¡Oh! ¡Perdón!

LENOX. (*Presentando.*) El señor Smith, secretario de la Embajada de los Estados Unidos... La señora Lenox.

SMITH. (*Saluda.*) Señora... (*A Lenox.*) ¡Qué lástima, coronel, que nos prive usted tan pronto de una compatriota tan encantadora!

ELENA. Créame utsed, caballero, que me hubiese gustado permanecer algún tiempo en un país en que tan amablemente me han recibido.

SMITH. Lo que se explica, señora, cuando se tiene la fortuna de serle presentado.

LENOX. (*A Elena.*) El señor Smith me decía que hay dificultades para obtener el visado de nuestros pasaportes en la Embajada.

SMITw. En estos momentos tenemos una consigna severísima... ¡Todo por esos malditos nihilistas!

ELENA. ¿De verdad?

SMITH. Se multiplican hace un mes sus tentativas para penetrar en Rusia, y todas las Embajadas se han comprometido con el terrible barón Friedrich a comprobar con todo detenimiento la identidad de sus nacionales.

LENOX. ¿Es cierto?

SMITH. (*Hojeando los pasaportes.*) El reglamento exige que usted, su señora y el criado me acompañen a la Embajada para el interrogatorio acostumbrado.

ELENA. ¡Oh, caballero! ¡Y yo, que acabo de desnudarme ahora mismo!

SMITH. Evidentemente, cuando se trata de personas como usted o el coronel, estas precauciones son un poco ridículas. (*A Lenox.*) ¿Responde usted de su criado?

LENOX. (*Rápidamente.*) ¡Oh, de ese!... Como de mí mismo.

SMITH. Entonces, tomo sobre mí el encargo de no molestarles. Creo que mi garantía personal bastará al secretario.

ELENA. Le quedo especialmente agradecida, señor Smith.

SMITM. Me considero dichoso, señora, en poder servirla. (*A Lenox.*) Dentro de una hora próximamente puede ir su criado a buscar los pasaportes a la Embajada. (*Saludando a Elena.*) Señora... (*Estrechando la mano al coronel.*) Coronel... Espero verle en su próximo viaje.

LENOX. Ciertamente... Si vuelvo... Y repito las gracias por todo... (*Smith sale foro.*)

ESCENA VI

Elena, Lenox y después Jim.

ELENA. ¡Bueno, William!... Yo creo que mi intervención no ha sido inútil.

LENOX. En efecto, señora... A condición de que podamos marchar esta misma noche...

ELENA. Si eso dependiese sólo de mí, ya estaría dispuesta.

LENOX. ¡Ah! ¿Ha podido usted comunicar?

ELENA. (*Imperiosamente.*) ¡Chist! (*En voz alta.*) Sí... He podido terminar todos mis encargos, y estoy a su disposición para tomar el tren que más le convenga.

JIM. — (*Entrando bruscamente por la izquierda.*) ¡Mi coronel! La maleta está preparada, y si mi coronel quiere que vaya a buscar los pasaportes...

LENOX. — (*Severo.*) ¡Bueno, Jim! ¿Desde cuándo te permites entrar así, sin pedir permiso?

JIM. — Perdón, mi coronel; pero si hemos de tomar el rápido de las nueve, no se puede perder ni un minuto para pedir los billetes...

LENOX. — ¡Dios me perdone, Jim! Tú escuchas detrás de las puertas.

ELENA. — (*Sonriendo, a Lenox.*) No, amigo mío... Jim sólo ha querido advertirnos que es peligroso levantar la voz cuando se trata de asuntos delicados.

LENOX. — ¿Sabes lo que hay que hacer para los pasaportes?

JIM. — Sí, mi coronel. (*Se dirige al foro.*) Tienen que poner el visado de salida a la vez que el de llegada.

LENOX. — Pero si lo has oído...

JIM. — He adivinado, mi coronel... ¡Voy volando, mi coronel. (*Sale precipitadamente.*)

ELENA. — La discreción de este muchacho es problemática!

LENOX. — No tema usted. Gruñe, pero se dejaría cortar en pedazos antes que traicionarnos.

ELENA. — En todo caso, estoy segura de que no sentirá abandonar Rusia.

LENOX. — No será él sólo.

ELENA. — William, mi querido esposo... ¿Se arrepentirá usted de haberme encontrado?

LENOX. — Sí señora, me arrepiento.

ELENA. — ¡Oh! ¡No es usted muy galante!

LENOX. — Es que no estoy en vena de galantería. Si le gusta a usted el flirteo, se dirige a mi primo Sacha..., que durante todo el almuerzo le ha hecho a usted la corte de un modo indecoroso.

ELENA. — ¡Cuidado! ¡Acabaré por creer que está usted celoso!

LENOX. — No tengo derecho a estar celoso, como no lo tenía usted a ser coqueta.

ELENA. Pero yo me enorgullecería de sus celos... ¡Porque hasta ahora sólo usted se ha mostrado refractario a este irresistible poder de seducción que me atribuyen nuestros primos Weletsky!

LENOX Siempre la coquetería, señora... Sabe muy bien que su irresistible encanto me ha dominado como a los demás... ¡Y tal vez más!

ELENA. ¿Será posible?

LENOX. ¿Cómo explicaría usted si no, que empezando por una simple condescendencia haya yo llegado hasta una complicidad criminal?

ELENA. ¡Oh! ¡Criminal!

LENOX. Sí, señora... criminal... Ignoro en absoluto cuáles son sus designios...; pero sí sé que la asociación de que usted forma parte no retrocede ante las mayores violencias...

ELENA. (*Indicando la puerta del foro.*) ¡Coronel!

LENOX. (*Bajando la voz.*) Y yo, súbdito americano, traiciono al Gobierno de este país al prestarla mi nombre.

ELENA. Comprendo sus escrúpulos, querido coronel; pero esta noche habremos vuelto a pasar la frontera y acabarán los tormentos de que soy causa.

LENOX. ¿Está usted segura?

ELENA. ¿Cómo?

LENOX. (*Acercándose a ella.*) ¿Y si el mayor de los tormentos fuese ahora el temor de separarme de usted?

ELENA. ¡Coronel!

LENOX. ¡Señora! ¡Elena! ¿Es cierto que no ha adivinado usted el sentimiento que me inspira? (*La coge la mano.*)

ELENA. (*Retirándola suavemente.*) ¡No... William! Es mejor que no lo adivine!

LENOX. ¿Por qué no soy de su agrado? Me considera usted un hombre brusco, brutal, sin delicadeza.

ELENA. Al contrario, William: estimo más de lo que cree su franqueza su rudeza misma... y si me estuviese permitido vivir para mí, creo, sí, creo... ¡que hubiese tenido una profunda simpatía por usted!

LENOX. ¡Elena! Si es usted sincera... prométame que volveré a verla.

ELENA. No, William, jamás... ¡No volverá a verme jamás!...

LENOX. ¿Pero por qué?

ELENA. No me lo pregunte. Sólo le diré que para usted es de un interés... "vital". no volverme a ver...

LENOX. ¡Elena!

(Llaman a la puerta.)

ESCENA VII

Dichos, el Groom, Princesa Palitzini y Dozia.

GROOM. *(Entra foro y presenta dos tarjetas a Elena.)*

ELENA. *(Al goom.)* Que suban estas señoras. Al mismo tiempo, encarga usted que nos suban te y pastelillos.

GROOM. Bien, señora... *(Sale.)*

LENOX. ¿Esperaba usted a esas señoras?

ELENA. ¡De ninguna manera! Veremos lo que me quieren. En el almuerzo de los Waletzky me han colmado de atenciones.

LENOX. Sí; pero eso no es obstáculo para que la joven Dozia la prometida de Sacha, ese verdugo de los corazones, no pareciese muy complacida por la asiduidad que mi primo le demostraba a usted.

ELENA. ¡Pobre niña! ¡Buena sorpresa la reserva semejante marido!

(Entra la princesa Palitzine seguida de Dozia. La princesa es una mujer corpulenta que habla con volubilidad.)

PRINC. Querida señora... Coronel... Somos de una indiscreción... formidable.

ELENA. De ningún modo.

PRINC. ¡Oh, sí! Esta invasión de su casa, casi a la hora de comer... Era preciso un motivo imperioso.

DOZIA. *(A Elena.)* Una súplica que queríamos hacerle, señora.

ELENA. ¿Una súplica? Pero siéntense usted, se lo ruego. *(Llama un mozo. Trae te y pastelillos.)*

ELENA. (*A las señoras.*) ¿Una taza de te?

PRINC. ¡Oh, gracias! ¡Sin pasteles! Estoy a régimen. Me encuentro muy gruesa. (*A Lenox, que no ha dicho palabra.*) Sí, sí... Me dicen siempre lo contrario por galantería; pero sé que estoy gruesa. (*Señalando a Elena, que sirve el te.*) Es usted feliz, coronel teniendo una mujer tan delicada, tan elegante...

LENOX. Lo reconozco princesa.

PRINC. (*A Elena.*) Pues bien, mi bella amiga, he aquí el objeto de nuestra visita. (*Tomando un pastel.*) ¡Tanto peor! Tomaré al menos un pastel; pero uno sólo, ¿verdad? (*Con la boca llena.*) Dozia, explícale nuestra súplica...

DOZIA. (*A Elena.*) Es preciso que asista usted mañana por la noche al baile de los Ignatieff.

ELENA. ¡Un baile!

DOZIA. En Cronstaft, en la Sala de la Nobleza.

LENOX. Mañana por la noche, imposible...

DOZIA. ¡Oh, no diga usted que no!

PRINC. (*Que toma otro pastel.*) Hemos conseguido dos invitaciones para el coronel y para usted. ¡El acontecimiento del año! ¡Hemos corrido locamente!

ELENA. Se lo agradezco mucho, infinito; pero nos marchamos esta misma noche. —

PRINC. ¡Oh! ¿Ya?

LENOX. Ahora mismo, en el rápido de las nueve.

PRINC. (*A Lenox.*) ¡Coronel, eso es una barbaridad! (*Señalando a Elena.*) Hacernos conocer a esta deliciosa criatura para llevársela tan pronto...

(*Llaman. Entra el groom.*)

ESCENA VIII

Dichos, el Groom y Sacha.

LENOX. (*Leyendo la tarjeta que le entrega el groom.*) Es nuestro primo Sacha.

PRINC. ¡Sacha! ¡Ah, el bribón! Le habíamos dicho el objeto de nuestra visita.

DOZIA. Y ha pensado venir a apoyarla personalmente.

SACHA. (*Entra foro y se dirige a Elena, besando su mano.*) ¡Mi querida prima! (*A Lenox, estrechándole la mano.*) ¡Coronel! (*A la princesa y a Dozia.*) Me han dicho abajo que tendría el gusto de encontrarlas aquí.

DOZIA. ¡Oh! ¡Habría usted subido de todos modos!

SACHA. ¡Ciertamente! Me urge saber la respuesta de mis primos sobre el baile de los Ignatieff.

PRINC. Negativa, querido...

ELENA. Sí...

SACHA. ¡Oh! ¿De veras?

PRINC. (*Señalando a Lenox.*) Ahí tiene usted al culpable. Se lo entregamos. (*Levantándose, a Elena.*) Nos había usted prometido enseñarnos algunos nuevos modelos parisienses.

ELENA. Con mucho gusto. (*Señala lateral derecha.*) Mi habitación está por aquí.

PRINCESA. (*Tomando otro pastel.*) ¿Me permite usted...? El último. ¡No puedo resistir! (*Salen las tres señoras.*)

ESCENA IX

Sacha y Lenox.

SACHA. ¿Puedo saber, William, por qué no aceptas la invitación de los Ignatieff?

LENOX. Porque nos vamos, Sacha.

SACHA. ¿Os vais... mañana?

LENOX. No. Esta noche, a las nueve.

SACHA. ¡Pero eso es una locura! Llegaréis muertos... No podréis resistir tanto...

LENOX. No es extraño. Yo no puedo dormir...; pero creo que esta noche...

SACHA. ¿Tienes insomnio? Puedo darte un remedio maravilloso... (*Le da una cajita.*)

LENOX. ¿Qué es esto?

SACHA. Unos sellos que me prepara un framacéutico complaciente. El primer sello adorme... El segundo, ¡un tronco! Es el mejor remedio que co-

nozco para olvidar un golpe demasiado fuerte al "bacarat".

LENOX. (*Guardándose la cajita.*) Te lo agradezco.

SACHA. Pruébame tu agradecimiento volviendo sobre tu insana decisión.

LENOX. Pero si es imposible.

SACHA. ¡De veras! Pues bien; eso lo vamos a ver. (*Va hacia la derecha.*)

LENOX. ¿Adónde vas?

SACHA. A apelar contra tu sentencia. (*Llamando a la derecha.*) Lo que quiera tu mujer..., lo querrá el coronel. (*Voz de Elena.*) "Adelante." (*Sacha a Lenox.*) ¡Hum! ¡Tirano! (*Entra derecha.*)

ESCENA X

Lenox, Friedrich y después Elena, Princesa Dozia y Sacha.

Cuando queda solo Lenox, se encoje de hombros; se dirige lentamente, de puntillas, a la puerta derecha. Llaman en el foro.

FRIED. (*Entra y estrecha la mano del coronel.*) ¡Mi querido coronel!

LENOX. ¡Oh! ¡Estaba usted ahí, barón!

FRIED. No he querido hacerme anunciar. Tiene usted en casa huéspedes de postín. Temí ponerlos en fuga. (*Gesto de protesta de Lenox.*) Sí, sí; yo sé que en la Corte me temen más que me estiman. El mundo está lleno de ingratos. (*Con tono distinto.*) He subido para decirles adiós, puesto que nos abandonan ustedes.

LENOX. ¡Cómo! ¿Sabe usted...?

FRIED. Que su criado ha ido a la Embajada para hacer visar los pasaportes..., a pesar de lo tarde que es. La deducción se impone. Tienen ustedes prisa.

LENOX. Exacto... Se ha celebrado la Junta de accionistas de los Petróleos del Volga.

FRIED. Ha sido nombrado presidente Alexis Kratchine, en sustitución de Pavloff.

LENOX. En efecto.

FRIED. Y usted le ha cedido todas sus acciones, con un beneficio bastante regular.

LENOX. Mi querido barón: Argos, el de los cien ojos, era un niño a su lado.

FRIED. Tal vez...; porque yo tengo, además, cien oídos.

LENOX. (*Señalando la mesa con el te servido.*) ¿Puedo ofrecer un pastel a su única boca?

FRIED. Gracias... Hubiera deseado ofrecer mis respetos y mis votos por un feliz regreso a su deliciosa esposa.

LENOX. Voy a decirle que está usted aquí. Un segundo, con su permiso. (*Sale derecha.*)

Friedrich queda solo; mira a su alrededor, después toma un secante de una mesita-escritorio y lo examina ante un espejo. La puerta de la derecha se abre. Coloca rápidamente el secante en su sitio, y adopta una actitud indiferente.

LENOX. (*Entra derecha.*) Barón, he aquí a las señoras.

FRIED. Mil gracias.

PRINCESA. (*Entra con Elena, seguida de Dozia y Sacha.*) ¡Los vestidos son magníficos! ¡En Rusia vestimos como salvajes.

FRIED. (*Multiplicando las genuflexiones.*) Princesa... Señora Lenox... Señorita...

PRINCESA. Buenas noches, barón.

SACHA. (*Contestando al saludo.*) Caballero...

PRINCESA. (*A Friedrich.*) Y bien..., gran cazador de criminales, ¿cuántas víctimas han caído estos últimos días?

FRIED ¡Bah! Poca cosa, princesa. Oscuros comparsas, pobres brutos fanáticos, tiranizados por sus jefes... A éstos, a los jefes, es a los que habría que cazar.

ELENA ¡Ciertamente!

FRIED. (*A Elena.*) ¿Decía usted, señora Lenox...?

ELENA. Que opino como usted, querido barón: que es preciso atacar a la cabeza, al fanatismo y la tiranía.

FRIED. ¡Desgraciadamente, la cabeza se oculta bien!

¡Ah, si yo pudiese, siquiera, capturar a "la Sirena"!

PRINCESA. ¿"La Sirena"? ¿Quién es ese monstruo mitológico?

FRIED. Un monstruo, en efecto; el más encarnizado, tal vez, en destruir por el hierro y el fuego... el régimen de que es usted uno de los más preciosos adornos.

PRINCESA. ¡Oh, qué galante!

FRIED. Esa mujer esconde una ferocidad salvaje, bajo el exterior más agradable. Da muestras de la más refinada educación. Habla el francés como Alejandro Dumas, y el inglés como el señor Lenox.

ELENA. Una sirena políglota.

FRIED. Diez veces mis agentes han estado a punto de apresarla, y diez veces se les ha escurrido de las manos.

PRINCESA. (*Tomando un pastel.*) ¡Sabe usted que me está interesando esa abominable criatura!

DOZIA. (*A Friedrich.*) ¿Y no ha podido usted descubrir el antro en que se oculta esa "Sirena"?

FRIED. No se oculta, señorita. Anda libremente ante las barbas de mis mejores lebreles. En estos últimos tiempos siguieron su rastro en París; pero me acaban de decir que trataba de entrar en Rusia. Tal vez ha pasado ya la verja. (*A Lenox.*) Acaso viajase al mismo tiempo que usted, mi querido coronel.

ELENA. ¡No es imposible! Dadnos sus señas.

FRIED. Alta, delgada, tez pálida..., cabellos rubios, una voz musical; en extremo elegante...

LENOX. No..., no caigo...

ELENA (*A Lenox.*) Perdón, William... Has viajado con una mujer que responde, poco más o menos, a esa descripción.

LENOX. ¿Cuál?

ELENA. ¡Hombre!... La tuya.

PRINCESA. (*Riendo.*) ¡Oh! ¡Delicioso!

FRIED. (*Riéndose.*) Señora Lenox, juega usted con la cabeza del jefe de Seguridad.

ELENA. Esperando, querido barón, que pueda usted ofrecer la de su "Sirena".

FRIED. Deséemelo usted, señora. Nuestro soberano concede a su captura una importancia especial. (*A la princesa.*) Y usted sabe cómo recompensa o castiga.

ELENA. (*Jugando nerviosamente con su pañuelo.*) Alejandro III es un príncipe magnánimo.

FRIED. Es nuestro padre venerado. (*A Elena.*) ¡Pero qué delicioso perfume usa usted, señora Lenox! (*Cogiéndole el pañuelo.*) ¿Me permite?

ELENA. Con mucho gusto.

FRIED. (*Examinando el pañuelo.*) El bordado de estas iniciales es extraño.

PRINCESA. ¡Cómo, barón! ¿También entiende usted de bordados?

FRIED. (*Qué devuelve el pañuelo a Elena.*) ¡Un jefe de Seguridad debe saber de todo, princesa! Figúrese usted que en Cronstadt, después de mi nombramiento... (*Continúa su relato en voz baja.*)

SACHA. (*Uniéndose a Elena en el proscenio, destacados del grupo principal formado por la Princesa, Dozia, Friedric y Lenox.*) Confiese usted que este policía la trastorna con sus historias de bandidos.

ELENA. No, no... Me gusta aprender.

SACHA. (*Suplicando.*) Laura... ¿Promete usted que irá?

ELENA. ¿Adónde?

SACHA. Al baile de los Ignatieff.

ELENA. ¡Imposible!, puesto que nos marchamos.

SACHA. ¡Es una insensatez! Una fiesta así... Un espectáculo único. El Zar asistirá a nuestras danzas nacionales.

ELENA. (*Con emoción, que reprime rápida.*) El Zar... ¿irá?

SACHA. En persona. No se anuncia anticipadamente por temor a los nihilistas; pero es la gran atracción: lo ha prometido formalmente. Venga usted; se lo presentaremos.

ELENA. (*Reflexionando.*) ¡Cállese! ¡Tentador!

SACHA. Eso es que sí... Me da el corazón que sí...

ELENA. Ya veré. Procuraré convencer a William. Pero, sobre todo, no diga usted nada: ni una palabra.

SACHA. Acepta, ¿verdad? ¿Irá usted al baile? Tendré el gusto de verla mañana...

ELENA. (*Señalando a Dozia.*) Pero, entre tanto, sea usted un poco más atento con su joven prometida, que le espía con miradas inquietas.

SACHA. (*Azorado.*) ¡Oh! ¡Ella! (*Se dirige a Dozia.*)

FRIED. (*Despidiéndose, después de terminar su relato.*) Y ésta fué la primera vez que merecí la atención del Zar, señoras... (*A Elena, besándole la mano.*) Hasta la vista, señora Lenox. ¡Vuelva usted pronto!

ELENA. Así lo espero, barón.

FRIED. (*Estrechando la mano a Lenox.*) Coronel, no sé...

PRINCESA. ¡Cómo, Sacha! ¿Nos abandona usted?

FRIED. (*Yendo hacia el foro, en voz baja a Lenox.*) ¿Admitirá usted un aviso de Argos, en su interés?

LENOX. Dígame.

FRIED. Desconfíe usted de Sacha Weletsky. Es un terrible Don Juan, y la señora Lenox parece que le ha hecho gran impresión.

LENOX. (*Secamente.*) La señora Lenox es muy bastante para defenderse.

FRIED. ¡Estoy convencido de ello!

LENOX. Aparte de que nos iremos esta noche.

FRIED. Entonces, ¡buen viaje! Y siempre a su disposición, si puedo serle útil en algo. (*Sale.*)

PRINCESA. (*A Elena.*) Querida señora, nosotras también la dejamos. Puesto que, ¡ay!, tiene usted que tomar el tren... (*Estrechándole las manos efusivamente.*) Pero prométanos una revancha.

DOZIA. (*Lo mismo.*) Y una estancia más larga.

ELENA. Queda prometida.

SACHA. (*Besándole la mano.*) Mi querida prima... (*Bajo.*) Hasta mañana por la noche.

ELENA. (*Bajo.*) Cállese usted.

PRINCESA. (*A Lenox.*) Hasta pronto, pues, coronel. Sacha, nosotras le llevaremos.

SACHA. Es usted muy amable.

PRINCESA. (*Seguida de Dozia y de Sacha se dirige al foro.*) Estoy muerta de hambre, y no voy a poder comer nada por el régimen. (*Salen.*)

ESCENA XI

Lenox, Elena y luego el Groom.

LENOX. (*En cuanto se cierra la puerta.*) ¡Elena! Acaba usted de traicionarse!

ELENA. (*Muy tranquila.*) ¿Cómo es eso?

LENOX. ¡Su pañuelo! ¿No ha visto usted que Friedrich examinaba sus iniciales?

ELENA. (*Dándole el pañuelo.*) Mire, amigo, y tranquilícese.

LENOX. (*Examinándolo.*) Una L y otra L.

ELENA. Laura Lenox. Y la ropa que he enseñado a mis curiosas visitantes está bordada con las mismas iniciales..., que están también en mis maletas y en mi saco. Ya le he dicho que todo lo había previsto.

LENOX. Está bien. Pero eso no evita que la excesiva cortesía de ese policía oculte una sospecha.

ELENA. Tal vez... Pero creo haberla destruído..., hasta nueva orden.

LENOX. No puedo menos de reconocer que aguantó usted sin pestañear la descripción de "la Sirena".

ELENA. Ese monstruo..., esa bruta salvaje ansiosa de sangre... ¿Qué espera usted para ponerse a salvo, prudente Ulises?

LENOX. ¡Es demasiado tarde! ¡He oído su canto fatal! ¡En la frontera es donde debiera haberme tapado los oídos!

ELENA. Tranquilícese usted, William. Es la misma "Sirena" la que le manda marchar.

LENOX. Con ella.

ELENA. Sin ella.

LENOX. ¡Elena! ¡Esto es muy grave! ¿A pesar de lo que acaba de decir Friedrich?

ELENA. Sí...; he cambiado de idea... Me quedo.

LENOX. Pero ¿a qué viene ese cambio brusco?

ELENA. Supongamos que sea un capricho.

LENOX. Volver solo al tren, dejándola aquí... Reflexione usted. ¿Cómo vamos a explicar esta separación?

ELENA. Del modo más sencillo del mundo: sus negocios no le permiten esperar, y yo no he podido resistir al deseo de asistir al baile de los Ignatieff.

LENOX. (*Encogiéndose de hombros.*) Ese baile... es un pésimo pretexto. Usted tiene otra razón para quedarse, un motivo serio.

ELENA. Sea como quiera, amigo mío, es preferible que no lo conozca usted. Pase pronto la frontera. Y cuando esté al otro lado, le autorizo, más aún, le incito a renegar con todas sus fuerzas de su comprometedora esposa.

LENOX. No, Elena; no puedo decidirme a abandonarla aquí, en la boca del lobo.

ELENA. Gracias, amigo mío; pero no se preocupe por mí. Ya ha visto usted cómo sé salvarme en las situaciones más compromteidas.

LENOX. ¡Dejarla así! ¿Dentro de una hora? No. ¡Esto es superior a mis fuerzas!

ELENA. Si siente alguna simpatía por mí, ¿me obedecerá usted sin discutir?

LENOX. ¡Marchar! ¡No verla más! ¡Imposible!

ELENA. ¡Váyase! Y me volverá a ver. ¡Si sólo depende de mí!

LENOX. ¿La veré en París? ¿Palabra?

ELENA. (*Grave.*) Sí, William... Si paso la frontera..., nos encontraremos. (*Llaman.*) Adelante.

GROOM. (*Entrando con un bouquet.*) Para la señora Lenox.

ELENA. Flores... ¿Para mí? Está bien. (*Señalando una mesa.*) Póngalas ahí. (*Sale el Groom.*)

LENOX. (*Al lado del ramo, a Elena.*) Hay una carta.

ELENA. Lea, se lo ruego.

LENOX. (*Lyendo.*) "Alejandro Weletsky."

ELENA. ¡Ah! Es de Sacha.

LENOX. (*Leyendo.*) "A mi linda prima, con el ruego de que me inscriba el primero en el carnet del

baile de mañana por la noche." (*Elena se encoge de hombros.*) No es muy delicado.

ELENA. ¿Qué importa?

LENOX. (*Con cólera contenida.*) ¿Ha cambiado usted de parecer sólo a instancia de Sacha?

ELENA. ¡Qué cosas se le ocurren!...

LENOX. (*Vivamente.*) ¡Oh! No lo niegue. Está bien claro. Esta carta lo demuestra. Le ha ofrecido usted que se verían en el baile.

ELENA. Pero eso no es...

LENOX. (*Lo mismo.*) Esa promesa...; los conciliábulos misteriosos durante el almuerzo y aquí, ahora... ¡Decididamente, tenía razón Friedrich!

ELENA. ¿Friedrich?

LENOX. Al adveritrme, con su acostumbrada delicadeza, que Don Juan Sacha había logrado conquistarla.

ELENA. ¡William! ¿Cómo puede creer...?

LENOX. Ahora comprendo... por qué debía pasar la frontera solo.

ELENA. ¡William! (*Llaman.*) No tiene usted derecho...

LENOX. Adelante.

ESCENA XII

Elena, Lenox y Jim.

JIM. (*Entrando por el foro, agitado.*) Mi coronel, se arregló todo. El señor Smith me ha entregado los pasaportes..., y mandé reservar los asientos. Ya no falta más que el último visado en la estación, al tomar los billetes; pero eso no es nada.

LENOX. Gracias, Jim. Pero no nos marchamos esta noche.

JIM. ¿Cómo?

ELENA. (*Suplicante.*) Amigo mío...

LENOX. (*A Jim.*) Nos quedamos la señora y yo para cumplir mañana una obligación de sociedad. Pasado mañana tomaremos el rápido de las nueve,

JIM. ¡Pero mi coronel!...

LENOX. ¡Retírese! No le necesito esta noche.

JIM. Bien, mi coronel. (*Aparte.*) Voy a hacer mi testamento.

LENOX. (*Llama.*) Jim. (*Dándole la caja de los sellos.*) Toma: pon esto en mi cuarto. (*A Elena.*) Son los sellos con los que nuestro atento primo esperaba que me durmiese.

JIM. (*Aparte.*) Dormir... Soñar, tal vez. (*Sale izquierda.*)

ESCENA ULTIMA

Elena y Lenox.

ELENA. William, escúcheme usted.

LENOX. La escucho...

ELENA. Es preciso, compréndame, es preciso que se vaya esta noche.

LENOX. (*Fríamente.*) Mi querida esposa, si nuestra unión no fuese tan reciente, conocería usted mejor mi carácter y no se molestaría en insistir.

ELENA. William..., si insisto es por usted..., sólo por usted, créame.

LENOX. Le agradezco su interés..., pero...

ELENA. ¡Sus celos son absurdos! Sacha es un fatuo, un tonto: es el tipo que más detesto...

LENOX. Y el que triunfa mejor. ¡Los audaces la conquistan! ¡Los tímidos, los infelices, pasan la frontera!

ELENA. William, la hora se acerca. No se trata de coquetería ni de capricho. ¡Mañana voy a correr un peligro! ¡Un peligro terrible!

LENOX. ¿Y voy a huir ante ese peligro? Ha tropezado usted con el mejor argumento para afirmar mi resolución.

ELENA. ¡No se obstine usted! ¡No heche sobre mí el remordimiento de haberle lanzado a una aventura mortal!

LENOX. ¿Y qué me importa? ¿No comprende usted que la amo y que si es verdad lo que dice quiero estar a su lado... para defenderla contra ese peligro mortal?

ELENA. ¡Si es que no podrá usted! ¡Nadie puede defenderme! Ese peligro lo llevo en mí misma! ¡Ese peligro soy yo misma!

LENOX. Sea como quiera, su marido debe compartirlo.

ELENA. ¡William, se lo suplico! No sacrifique usted inútilmente su vida. Por orgullo.

LENOX. No es por orgullo, Elena, sino por amor.

ELENA. (*Enloquecida.*) ¡Dios mío! Pero si es que yo... también le amo... ¿Cree usted que si no fuera por esto le suplicaría así?

LENOX. ¿Usted?

ELENA. Yo...

LENOX. Si me ama usted parta cònmigo.

ELENA. No puedo... No tengo derecho a hacerlo. Todos mis hermanos de allá abajo, todos los de aquí... han puesto en mí su confianza. (*Rechazándole.*) ¡Vállase, William! (*Jadeante.*) ¡Oiga usted! ¡Oigame! Si se va, si me obedece... le juro que en París nos encontraremos otra vez...

LENOX. ¡No, no me iré! No importa que mi vida se desquicie! ¡No importa que la tempestad me arrastra a la catástrofe inevitable! ¡La amo a usted Elena!

ELENA.. ¡William! ¡Usted no sabe!... ¡Se arrepentirá!

LENOX. (*Con pasión.*) ¡No me arrepiento! ¡No me arrepentiré de nada! En este momento no hay ni coronel ni conspiradora...; olvide usted hasta mañana su misión vengativa, como yo olvido mis escrúpulos y aprensiones. Déjeme permanecer a su lado, aun cuando sea usted el monstruo pintado por Friedrich, aun cuando deba pagar con la cárcel, con el tormento, con la vida, estos dos días de retraso...

ELENA. ¡Sea!... Pero acuérdese: ¡estos serán los últimos!...

LENOX. (*Apoderándose de su mano, que besa con pasión.*) ¡Elena!...

ELENA. (*Desprendiendo suavemente su mano y mirándole a los ojos con ternura compasiva.*) ¡Los últimos!...

TELÓN

ACTO CUARTO

En los salones de la nobleza en Cronstadt. Un salocinto que se abre por un amplio hueco al foro, sobre una sucesión de innensos salones brillantemente iluminados y adornados con plantas. Se supone que la puerta de entrada de estos salones está a la derecha. En el saloncito una puerta lateral derecha y otra izquierda: ésta comunica con el buffet.

Se oye, apagada, la música del baile. Por escena pasan lacayos uniformados, llevando bandejas, y, si se quiere, invitados de ambos sexos, entre ellos oficiales de mar y tierra, con uniformes de gala.

ESCENA PRIMERA

Friedrich, un lacayo, un oficial de cosacos, un sñor viejo, una señora vieja, invitados.

El barón Friedrich aparece en los salones del foro, por lateral derecha, confundido con algunos invitados. Examina a los que pasan, y luego hace señas a un lacayo y baja con él al proscenio.

FRIED. (*A media voz.*) ¡Smilakoff!

LACAYO. ¿Excelencia?

FRIED. ¿Has acabado tu ronda por las cocinas y el buffet?

LACAYO Sí, excelencia.

FRIED. ¿No has observado ninguna cara nueva?

LACAYO. No, excelencia.

FRIED. ¿Estás seguro de conocer a todo el mundo?

LACAYO. ¡Oh, sí, excelencia! Hace dos años que estoy al servicio de su excelencia el Barón de Ignatieff.

FRIED. Está bien, vete... (*A un oficial de cosacos que asoma en el foro.*) Petrovich, ¿se han cumplido mis órdenes?

OFICIAL. Sí, excelencia; nuestros hombres están mezclados con los cosacos de la guardia.

FRIED. ¿Y el resto de las tropas?

OFICIAL. Todas en su puesto.

FRIED. ¿Ha elegido usted bien los hombres en los distintos regimientos?

OFICIAL. Sí, excelencia, no se conocen.

FRIED. Sobre todo que se tenga mucho cuidado con las tarjetas de invitación.

OFICIAL. Toupchine dirige personalmente este servicio.

FRIED. Con ese estoy tranquilo. Puede retirarse. Y que me den noticias cada cuarto de hora; ¿no es eso?

OFICIAL. Bien, excelencia. (*Saluda y se aleja.*)

UN VIEJO. (*Aparace en el foro. Lleva la levita llena de condecoraciones. Da el brazo a una mujer vieja.*) ¡Admirable mi siempre bella! La fiesta será admirable.

UNA VIEJ. (*Indicando a la derecha.*) ¡Ciertamente mi palomito! El aspecto será imponente.

UN VIEJO. (*Acercándose a Friedrich, lanzando una mirada alrededor y cambiando de voz.*) Excelencia hemos recorrido los salones; no hay ninguna cara sospechosa.

FRIED. Búsqueme dentro de diez minutos donde usted sabe. Completaré mis instrucciones.

UN VIEJO. (*Alejándose con la vieja en dirección al buffet.*) Fíjate, mi siempre bella; este buffet me parece que está magníficamente provisto. (*Los dos desaparecen.*)

ESCENA II

Friedrich, Lenox y Weletzny.

WELET. (*Entra por el foro con uniforme de gala, seguido de Lenox, de levita.*) Venga usted, querido William. Voy a presentarle algunos amigos.

FRIED. (*Al verle.*) ¡Cómo, Coronel! (*Saluda a Weletzky, que le contesta friamente.*) ¡Señor Chambelán! (*A Lenox.*) ¿Se ha decidido usted a quedarse?

LENOX. No ha habido otro remedio; todas las señoras se

han confabulado contra mí. ¿Pero no lo sabía usted que lo sabe todo?

FRIED. ¿He dicho eso? ¿Qué ha hecho usted de la deliciosa señora Lenox?

LENOX. Vendrá ahora mismo..., con la Princesa Palitzine.

WELET. (*A Lenox.*) ¿Me permite usted William? Una palabra al conde Bienstock. (*Se separa para saludar a un invitado y desaparece por el foro con él.*)

FRIED. Mi querido coronel, tiene usted hoy cara de hombre feliz. Ayer parcía usted fatigado, cansado.

LENOX. Mi querido barón, ¿quién puede estar libre de preocupaciones?

FRIED. No seré yo seguramente.

LENOX. Ya sé que tiene usted una responsabilidad.

FRIED. ¡Espantosa! Hace algunos años, el Presidente de ustedes, ¿no fué víctima de un accidente?

LENOX. Querrá usted decir un atentado.

FRIED. ¡Chist! No empleemos esas expresiones brutales. ¿Y que le ocurrió al Jefe de policía?

LENOX. Nada absolutamente. Había tomado todas las precauciones acostumbradas. Creo que conserva su puesto.

FRIED. (*Suspirando.*) ¡Ah! ¡América es un gran país! Aquí eso costaría una cabeza. La mía, no pesaría mucho sobre mis hombros. Comprenderá usted que esta noche no me voy a divertir.

LENOX. ¿Por qué esta noche especialmente?

FRIED. (*Mirando al foro.*) ¡Ah! ¡No sabe usted! Pues bien, no quiero privarle de la sorpresa... (*Viendo al oficial de cosacos que pasa por el foro.*) Perdóneme... Tengo que decir unas palabras... (*Se aleja con el oficial.*)

ESCENA III

Lenox, Princesa, Dozia y Elena.

PRINC. (*Entra por el foro, seguida de Elena y Dozia.*) Ahí tiene a su feliz marido... (*Dirigiéndose a Lenox.*) Mi querido coronel, apenas acabamos de llegar y su mujer ha hecho sensación.

DOZIA. ¿Creo que no sentirá usted el haberse dejado seducir?

LENOX, (*Mirando a Elena con ternura.*) No, señorita, no lo siento.

PRINC. Enhorabuena. (*Lanzando una mirada a la izquierda.*) ¡Oh, Dozia! El buffete está por aquí... (*A Lenox y a Elena.*) Mis buenos amigos, les ruego que me perdonen. Temíamos llegar tarde y... he comido muy poco... Ven, Dozia, vamos a reponernos algo. (*Se aleja con Dozia por izquierda.*)

ESCENA IV

Elena y Lenox.

LENOX. ¡Elena! ¡Qué bella eres! ¡Te amo!

ELENA. ¡Vamos, cállate! ¿Vas a olvidar que erer mi marido?

LENOX. ¿Y qué?

ELENA. Hablas como un novio.

LENOX. Tienes razón... Vuelvo a mi papel hasta que nos encontremos en París.

ELENA. (*Melancólica.*) ¡No hagamos proyectos, William!

LENOX. ¿Por qué? ¿No está próximo el momento?

ELENA. Ya te he dicho que estos días serían los últimos.

LENOX. ¡Elena! ¿Qué significan esas palabras? ¿Cuál es ese famoso peligro que aún evocas?

ELENA. Muy pronto lo sabrás.

LENOX. Creo que son exagerados tus temores. Acabo de hablar con el barón Friedrich... Por mucho que fuera su poder de disimulo, tengo la impresión de que no le queda la menor sospecha.

ELENA. ¡Es posible!

LENOX. Seguro... Así pues, sonríete... ¡Me gusta tanto tu sonrisa! (*Al decir ésto se aproxima mucho a Elena y su mano roza el bolso que lleva suspendido del brazo.*) ¿Permites que te libre del peso del bolso? ¡Es tan molesto!...

ELENA. (*Retirándolo.*) No te molestes: es un frasco de mi esencia. La Princesa Palitsini me lo ha pedido.

LENOX. Pues procura dárselo enseguida. El bolso te estorbará para bailar.

ESCENA V

Dichos, Princesa y Dozia.

PRINC. (*Saliendo del buffet seguida de Dozia y dirigiéndose a Elena.*) ¡Querida, escapo de la tentación!... Hay unos Sanwic con caviar que son...

DOZIA. (*Terminando la frase.*) ...deplorable para el régimen.

PRINC. (*A Elena cogiéndola del brazo.*) Venga usted por aquí, mi bella amiga... Quiero disfrutar de su triunfo.

DOZIA. Y Sacha, que nos espera, debe estar impaciente.

LENOX. Princesa, Laura se ha acordado de su perfume.

PRINC. (*Sorprendida.*) ¿Qué perfume?

LENOX. El que la había usted pedido.

ELENA. (*Rápidamente a la Princesa.*) William quiere decir el que me había usted elogiado; he creído que le agradaría una muestra.

PRINC. ¡Oh, es usted muy amable!

ELENA. Se lo daré al salir del baile para que no tenga usted que ir cargada.

PRINC. Gracias... Ya tocan Lanceros... Venga usted deprisa. (*Se lleva por el foro a Elena y Dozia.*)

ESCENA VI

Lenox, Smith; después Friedrich y el oficial de cosacos.

(*Lenox se dirige hacia el foro y encuentra a Smith.*)

SMITH. ¡Coronel Lenox!

LENOX. (*Estrechándole la mano.*) ¡Señor Smith!

SMITH. El visado de sus pasaportes era menos urgente de lo que pensaba usted.

LENOX. Perdone que le haya molestado inutilmente. Mi mujer ha tenido el capricho de ver esta fiesta.

SMITH. ¡Feliz capricho! ¡Ella debe ser una de los más bellos adornos del baile! (*Señalando a un invitado que cruza por el foro.*) ¡Ahí está nuestro Embajador! Tendrá mucho gusto en conocerle.

LENOX. Y yo también.

SMITH. Venga usted y le presentaré. (*Se van foro. Un oficial de cosacos entra por el foro y se dirige a Friedrich, que entra por la lateral izquierda.*)

FRIED. ¿Qué hay?

OFICIAL. Excelencia: S. M. ha salido de Palacio. Estará aquí dentro de unos minutos.

FRIED. ¡Ya! ¿Están bien vigiladas la verja de la entrada y la escalera de honor?

OFICIAL. Sí, excelencia. Entre las tropas y la gente hay un doble cordón de nuestros hombres de paisano.

FRIED. Vamos a ver cómo está. (*Se van por lateral derecha.*)

ESCENA VII

Sacha, Elena. Después Lenox seguido de la Princesa y Dozia. Luego Friedrich y Zar.

SACHA. (*Entra por el foro seguido de Elena.*) No, Laura, su marido no está aquí.

ELENA. (*Mirando alrededor.*) Creí que me seguía.

SACHA. ¡Bah! Dejémosle donde esté. (*Bajando la voz.*) Laura, ahora que estamos solos escúcheme usted. La adoro.

ELENA. (*Sonriendo.*) Sí, sí; ya me lo había usted dicho.

SACHA. ¡No se ría, Laura! He tenido muchas aventuras, es verdad...; pero ninguna mujer me ha atraído de un modo tan profundo.

ELENA. (*Como antes.*) Sin embargo, ¿con cuántas ha empleado esa misma frase?

SACHA. Si cree que es una frase, póngame a prueba.

ELENA. ¿Y cómo?

SACHA. En vez de marcharse mañana por la noche con su marido, véngase conmigo por la mañana.

ELENA. ¿Con usted?

SACHA. Estoy de guardia; encargado de visitar los buques que han de zarpar... Para mi es sencillísimo hacer que abandone usted las aguas rusas conmigo.

ELENA. Y si yo aceptase, ¿sabe lo que le costaría la aventura?

SACHA. Me suprimirían del libro de la nobleza. Mis bienes serían confiscados. Acaso me condenaran a muerte por deserción. ¿Pero qué importa? Me llevaría dinero y alhajas con que asegurarnos la vida y la felicidad en el extranjero... Acepte usted... Sería para mi como un sueño.

ELENA. ¡Un sueño efectivamente! Está usted loco...

SACHA. ¡Se lo suplico!

ELENA. (*Viendo a Lenox que entra por la izquierda.*) Cuidado: Ahí está mi marido.

SACHA. (*En voz alta.*) Entonces, ¿cuento con usted para la mazurka?

ELENA. (*A Lenox.*) ¿Dónde estabas?

LENOX. Saludando a nuestro Embajador. (*Durante las réplicas que siguen, Elena se dirige lentamente al encuentro de la Princesa y Dozzia que aparecen en el fondo.*)

LENOX. (*Estrechando la mano a Sacha que queda en escena azorado.*) Buenas noches Sacha.

SACHA. Buenas noches, William.

LENOX. No se entretenga por mí. ¿Iba usted a bailar?

SACHA. No; me reservo para nuestra mazurka nacional, que ha de bailarse delante del Zar. Su mujer me ha ofrecido ser mi pareja.

LENOX. ¡Cómo! ¿Va a venir el Zar?

SACHA. ¿No se lo había dicho Laura?

LENOX. Tal vez lo ignorase.

SACHA. ¿Que lo ignoraba? No. Yo mismo se lo dije para decidirla a retrasar su marcha, y la Princesa Palitsine le ha ofrecido que después de la mazurka la presentará a él.

LENOX. (*Turbado.*) ¡Ah! (*En este momento se oye un gran murmullo en lateral derecha* y *la gente afluye al saloncillo, congregándose en la puerta del foro.*

PRINC. (*Yendo hacia Lenox y Sacha, seguida de Elena y Dozia.*) ¡El Zar! (*Se oyen voces que repiten "El Zar" y los invitados quedan en la puerta del foro, formando fila de espaldas al público. Friedrich que aparece por lateral izquierda entre los invitados se va por lateral derecha.*)

FRIED. (*Cruza secándose la frente con el pañuelo.*) ¡Su

Majestad! ¡Paso!... ¿Pero qué es eso? ¡Qué esperan ahí para entonar el himno imperial?... (*Desaparece por lateral derecha. Se oyen dentro las notas del Bodj Tzara Krani y seguidamente se ve cruzar de derecha a izquirda a Alejandro III. Solamente se ve su cabeza que sobresale gracias a su gran estatura. Elena ha quedado sola en primer término. Se engríe altiva y tiene un gesto de desafío en su actitud y un destello de odio en su mirada. Lenox la observa.*)

SACHA. (*A Elena aprovechando el movimiento de la gente que se retira por el foro izquierda.*) Venga usted en seguida, Laura, va a empezar la mazurka.

PRINC. (*A Elena.*) En cuanto acabe el baile, la presentaremos a S. M. (*Elena, Sacha, la Princesa y Dozia se van por el foro izquierda. La orquesta toca la mazurka.*)

ESCENA VIII

Lenox y Smith.

SMITH. (*Llamando a Lenox que ha quedado en escena en la actitud de un hombre confundido y desesperado.*) Coronel, ¿no viene usted a ver el baile?

LENOX. (*Dudando.*) No... Prefiero... Ahora no...

SMITH. Pero, ¿qué tiene? ¿Está usted terriblemente pálido. ¿Se siente mal?

LENOX. No...; no es nada.

SMITH. ¿Quiere usted que llame a alguien?

LENOX. ¡No, no: se lo suplico! Sr. Smith... Usted es un caballero y un compatriota al que puedo confiarme. Me ocurre una cosa espantosa... Esa mujer que me acompaña...

SMITH. ¿Su mujer?

LENOX. No, no es mi mujer... Mi mujer se ha quedado en París. Yo he encontrado a ésta en la estación de Eydtkulmen. Me suplicó que la hiciese pasar la frontera con mi nombre.

SMITH. ¡Coronel!

LENOX. Espere usted. ¡Eso no es nada todavía! Me he

enamorado perdidamente de esa mujer..., hasta el punto de olvidar la noción del deber..., del honor...! Esa mujer es una nihilista!

SMITH. ¡Una nihilista!

LENOX. Y en este momento acabo de comprender por qué quería asistir a esta fiesta; por qué me ha ocultado que el Zar debía venir a ella...; por qué lleva en su bolso un objeto que ella dice que es un frasco de esencia y que debe ser un revólver... ¡Ha venido para matar al Zar!...

SMITH. ¡Para matar al...!

LENOX. Estoy seguro de ello... Si usted hubiese visto hace un instante su mirada, cuando el Emperador atravesaba el Salón...

SMITH. Es preciso evitar a toda costa semejante atentado.

LENOX. Ya lo sé...: es el deshonor para mi mujer..., para mi familia...

SMITH. ¡Y que mancha el prestigio de nuestra Patria!

LENOX. ¡Pero qué hacer! Smith, amigo mío..., aconséjeme usted.

SMITH. Avise a Fiedrich... Haga que la detengan en el acto.

LENOX. Es que no puedo..., no puedo entregar a esa mujer.

SMITH. ¡Se pierde usted! ¡Nadie podrá salvarle del suplicio inmediato!

LENOX. ¡Tanto peor! Si hace falta una víctima...

SMITH. Ante todo, es preciso impedir que la presenten al Zar.

LENOX. ¡Es verdad! ¿Pero, cómo evitarlo? ¿Qué vamos a decir? ¡Espere usted! (*Se aproxima al foro.*) Ya termina el baile. Es preciso obrar con rapidez... Mire allí... Sacha la conduce al lado de la Princesa .. Dígale usted que la espero aquí; que tengo una cosa urgentísima que dicirle ¡Pronto, pronto! ¡Vaya usted! (*Smith vase foro, un lacayo atravicsa la escena llevando copas de champagne. Lenox le detiene y le hace señas para que deje la bandeja sobre la mesita de la izquierda de la escena.*)

ESCENA IX

Lenox, Elena, Smith, Princesa y Dozia.

ELENA. (*Entra seguida de Smith.*) Aquí estamos, amigo mío. ¿Qué hay?

LENOX. Nada grave, mi querida Laura. Te estaba observando desde este salón, mientras charlaba con Smith. Bailabas con tal ardor...

ELENA. Adoro la mazurka.

LENOX. He sospechado que al terminar el baile te morirías de sed... (*Le presenta una copa de champagne.*)

ELENA. Gracias, William, eres el más previsor de los maridos. (*Vacía la copa de un trago.*)

PRINC. (*Entra seguida de Dozia.*) Laura..., venga..., venga enseguida. El Zar se ha fijado en usted. Ha preguntado a Constantino Weletky, que quién era la encantadora pareja de su sobrino... Son sus propias palabras.

ELENA. El Zar es muy indulgente.

PRINC. Weletky ha aprovechado la ocasión: "Señor —ha contestado— la Princesa Paletsine va a presentar esa beldad a Vuestra Majestad." Venga usted. (*Va hacia el foro seguida de Dozia.*)

ESCENA X

Lenox, Elena y Smith.

LENOX. Princesa, enseguida va mi mujer... (*Se dirige a Elena que se dispone a salir.*) Mi querida Elena... ¿Tanta prisa tienes por abandonarme?

ELENA. De ningún modo William, pero...

LENOX. (*Señalando a Smith.*) ¿No te acuerdas del señor Smith, nuestro simpático compatriota a quien debemos la atención de haber visado nuestros pasaportes?

ELENA. (*Saludando ligeramente.*) Sin duda alguna... Caballero...

SMITH. (*Inclinándose.*) Señora.

LENOX. El Sr. Smith me decía en este instante el sentimiento que le producía verte entregada al baile en nuestro perjuicio.

ELENA. El Sr. Smith es muy amable. Tendré un verdadero placer en encontrar a ustedes aquí, después...

LENOX. ¿Después?

ELENA. Después de mi presentación al Zar... (*Echa a andar.*)

LENOX. (*Poniéndose entre Elena y la puerta.*) Elena, ¿es indispensable esa presentación?

ELENA. (*Sorprendida.*) Claro... sí, amigo mío... Ya has oído a la Princesa... ¡Lo raro de tal favor...!

LENOX. (*Deteniéndola.*) ¡Un instante! ¿Permites a tu marido el derecho de exponerte un deseo?

ELENA. ¡Sin duda ninguna!

LENOX. Pues bien. Te pido que renuncies a esa presentación.

ELENA. ¡Cómo! ¡Después de lo que acabo de decirte!

LENOX. Para reclamar de tí ese pequeño sacrificio, tengo una razón... que sabrás más tarde.

ELENA. (*Impaciente.*) ¿Pero qué razón es esa? Vamos, William... ¡Esto es una chiquillada! No me entretengas más.

LENOX. Bien. Puesto que lo exijes, te dejo en libertad... con una condición.

ELENA. ¿Cuál?

LENOX. Confíame tu bolso.

ELENA. (*Turbada.*) Puedo necesitarlo.

LENOX. No, Elena, "es preciso" que te pases sin él...

ELENA. ¡Pero ésto es una tontería!

LENOX. ¡Elena! ¡Quiero que me des ese bolso!

ELENA. Tu quieres... (*Mira fijamente a Lenox y a Smith que se ha acercado.*) ¡William! ¡Dios mío! ¿Tu sabes?...

LENOX. Sí...; lo sé...

ESCENA ULTIMA

Dichos, Princesa; después Dozia, Friedrich, Weletsky, el Zar y los invitados.

PRINC. (*Desde el foro.*) Laura... ¿Qué espera usted? Los

Soberanos se van a marchar... No debemos perder la ocasión.

ELENA. (*Rabiosa.*) ¡Ah, no!... No hay que perderla... (*Bajo a Lenox.*) ¡William! ¡Te lo suplico! Este minuto es único... ¡No lo volveré a tener más! William... ¡por mi cariño!...

LENOX. (*Cogiendo el bolso.*) Por eso, porque te amo, Elena...

ELENA. ¡William, déjame! ¡Déjame! ¡Me haces daño!... ¡Oh, infame!... ¡Infame!... (*Aparece en el foro la Princesa y Dozia.*)

LENOX. (*Al verlas, bajo a Elena.*) ¡Elena! ¡Nos observan! ¿Vas a perdernos inutilmente?

DOZIA. ¡Laura! ¡Dése usted prisa!

LENOX. (*Alto y por la Princesa.*) Te aseguro, Laura, que no estás en situación de presentarte a S. M.

ELENA. ¡Sí... sí...! ¡Quiero...!

PRINC. ¿Qué le pasa?

LENOX. Una especie de crisis nerviosa... ¡El baile la ha cansado!

DOZIA. (*Acercándose.*) ¡Oh! ¡Qué lástima!... El Emperador abandona el baile. (*Grandes Rumores. La música toca el Himno Imperial. Seguidamente los invitados se agolpan en el foro y otra vez se ve cruzar al Zar de izquierda a derecha. Todos los personajes se inclinan. Elena, desfallecida, levanta la cabeza con un gesto de desafío. Friedrich que aparece en este momento la mira con extrañeza.*)

LENOX. (*Señalando al Jefe de Seguridad.*) ¡Elena!... Friedrich te mira... ¡Saluda...! (*Elena saluda ligeramente en el momento en que pasa el Zar.*)

TELÓN

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto tercero. Al levantarse el telón la escena está vacía y obscura. La puerta del cuarto de Elena se abre con precaución y sale la doncella. En el mismo momento el coronel Lenox sale de su cuarto.

ESCENA I

Lenox y la doncella

LENOX. ¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Elena?

DONCE. No, señor; soy yo: la doncella.

LENOX. ¡Ah, bien! ¿Cómo está la señora?

DONCE. Mejor, señor. En cuanto la desnudé se durmió profundamente; no se ha despertado hasta ahora.

LENOX. ¿Ha hablado con usted?

DONCE. Sí, muy normal. Quiere levantarse. Me ha pedido que le traiga café puro.

LENOX Eso es... Bien cargado. ¿Qué hora es?

DONCE. Cerca de las nueve, señor.

LENOX. Entonces es ya tarde. (*Abre las persianas de las ventanas.*) En efecto... (*Apaga la luz eléctrica. A la doncella, que va a salir.*) Le agradezco el interés con que me ha ayudado a cuidar de la señora.

DONCE. No tiene nada de particular, señor. ¡Es tan simpática la señora! Yo me trastorné cuando el señor la trajo en semejante estado!

LENOX. Diga que preparen el café.
(*Sale la doncella.*)

ESCENA II

Lenox y Jim.

LENOX. (*Va a su habitación y llama.*) ¡Jim! (*Más alto.*) ¿No oyes? ¡Jim! (*Entra bruscamente en la ha-*

bitación y sale seguido de Jim, que se frota los ojos con aire asustado.)

JIM. Mi coronel... ¿qué ocurre?

LENOX. Ocurre que son las nueve y que no consigo despertarte.

JIM. (*Bostezando.*) Sí... Aun tengo sueño... Sin duda son los sellos.

LENOX. ¡Cómo los sellos!

JIM. Los sellos para dormir. Tenía tanto miedo de estar solo toda la noche, que me tomé la mitad de la caja.

LENOX. Claro. Por eso te has dormido en mi sofá.

JIM. Perdón, mi coronel.

LENOX. Vas a ir a la estación, y encarga tres billetes para el rápido de las nueve y treinta y cinco.

JIM. ¡Billetes para el rápido de París! ¡Nos vamos!...

LENOX. ¡Evidentemente!

JIM. ¡Abandonar Rusia! Esto es hermoso, un sueño.

LENOX. Vete...

(*Jim sale foro.*)

ESCENA III

Lenox y Elena.

Lenox enciende un pitillo. Elena, en bata de casa, sale de su habitación.

LENOX. (*Yendo a su encuentro.*) ¡Elena!

ELENA. ¡Déjeme usted!

LENOX. ¡Elena, reflexione!

ELENA. ¡Déjeme usted le digo! ¡Le odio!

LENOX. ¿Me odia usted??

ELENA. ¡Sí le odio... y me detesto a mí misma porque he tenido la debilidad de amarle!

LENOX. ¡Elena!

ELENA. (*Temblorosa.*) ¡Amar! ¡Una mujer como yo!... Dejarse coger en ese lazo... que anula las voluntades mejor templadas y que de un mártir hace un traidor.

LENOX. Pero si usted no ha traicionado puesto que he sido yo...

ELENA. Sí, yo he traicionado. ¡Yo he traicionado al entregarle mi alma para que adivinase usted mis proyectos y los hiciese fracasar!

LENOX. ¡Elena! ¡Qué locura!

ELENA. ¡Qué me importaba la muerte! El azar me había ofrecido la ocasión, ¡la ocasión única! Iba a tenerle a merced mía... A él, al déspota inaccesible

LENOX. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡La libertad por el asesinato! Habla usted como una judía o una polaca.

ELENA. Soy una y otra cosa...

LENOX. ¿Usted?

ELENA. (*Con exaltación.*) Sí... Mi padre era un noble polaco. Uno de esos a los que los antepasados del tirano actual y él mismo persiguieron encarnizadamente. Mi madre era una judía de modesta condición. A pesar de la diferencia de rango y de raza, mi padre se casó con ella. Crimen terrible a los ojos del Gobierno ruso, que suprimió el nombre de mi padre del libro de la nobleza y declaró ilegítimo mi nacimiento... En 1863 mi padre fué incluído en las filas de los insurrectos y condenado a recibir dos mil latigazos, y se acordó que el suplicio se le aplicase en presencia de su mujer.

LENOX. ¡De su mujer!

ELENA. ¡Aun tienen los policías del zar esos refinamientos de delicadeza! A los mil latigazos mi padre había muerto... Pero administraron los otros mil a su cadáver... Las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

LENOX. ¡Elena!

ELENA. Mi madre se había desmayado. Para reanimarla vertieron sobre ella varios cubos de agua. Después la ataron cuidadosamente y la dejaron toda la noche en el lugar del suplicio, a veinticinco grados bajo cero... ¡Al día siguiente sus despojos

fueron arrojados a la fosa común de los criminales!...

LENOX. ¡Eso es verdaderamente horrible! Pero usted...

ELENA. Un hermano de mi madre me llevó a América y me educó en el culto de mis padres muertos, martirizados, y en la execración de sus verdugos. ¿Comprende usted ahora la venganza que pérfidamente me ha quitado usted? ¡Qué vergüenza para mí tener que confesar a mis hermanos la infame debilidad amorosa que me ha hecho fracasar en el momento en que estaba a punto de conseguir mi objeto!

LENOX. Pues bien, no lo confiese usted, Elena. Abandone a esas gentes que llama sus hermanos y que sólo tratan de explotar sus justas quejas, en beneficio del desorden y de la anarquía.

ELENA ¿Abandonar a mis hermanos? Decididamente, mi querido William, creo que no nos entenderemos jamás.

LENOX. Sí, Elena. Nuestro viaje de regreso me permitirá justificarme y tratar de convencerla. Porque usted se viene ahora mismo conmigo, ¿verdad? No podemos perder un minuto. ¡Si hubiese despertado la desconfianza de Friedrich por los incidentes de anoche!...

ELENA. (*Desanimada.*) ¡Oh! Ahora ya tengo que hacer lo que usted quiera.

LENOX. He mandado a Jim a la estación. (*Entra Jim.*) Mírelo, ahí trae los billetes.

ESCENA IV

Lenox, Elena y Jim.

JIM. (*Que aparece siempre ligeramente atontado.*) ¡No, mi coronel, no los traigo!

LENOX. ¿Y por qué?

JIM. Porque se han negado a dármelos.

LENOX. ¡Negado! ¿Con qué pretexto? ¿No estaban en regla los pasaportes?

JIM. En efecto... Los he presentado... Pero estaban

anotados los números y el empleado tenía orden de no expedir los billetes.

LENOX. ¿Quién le había dado esa orden?

JIM. La policía.

LENOX. ¿La policía?

JIM. Y ahora yo pregunto a mi coronel: ¿será eso verdad?

LENOX. ¿Cómo?

JIM. Esto es que sigo soñando... porque no estoy seguro de estar muy despierto.

LENOX. ¡Ay! Sí lo estás. (*A Elena.*) La ratonera se ha cerrado.

ELENA. (*Tranquila.*) Mucho lo temo...

JIM. (*A Lenox.*) Me ha parecido ver en los alrededores de la estación un tipo que tiene mucha semejanza con ese condenado jefe de Seguridad.

LENOX. ¡Ah! (*A Elena.*) ¡Friedrich!

JIM. Pero...

LENOX. (*Señalando su habitación.*) Sí, sí, Jim... Espera ahí mis órdenes.

JIM. Bien, mi coronel.

LENOX. ¡Elena! ¿Qué piensa de esta negativa?

ELENA. Pienso, amigo mío, que estamos perdidos los dos... y perdidos inútilmente.

LENOX. ¿Nos detendrán? ¡Oh! ¡Pero yo no renuncio a la lucha! En realidad no existe contra nosotros ningún motivo preciso, ninguna prueba material. Esa negativa tal vez obedezca sencillamente al excesivo celo de un empleado.

ELENA. Lo dudo.

LENOX. Voy a quejarme directamente al barón Friedrich. Voy a demostrar descontento, indignación, alegando nuestra condición de ciudadanos americanos; tratando de intimidarle. Espéreme Elena; yo la salvaré, nos salvaremos. (*Sale rápido foro.*)

ESCENA V

Elena, y después la Doncella.

ELENA. (*Sola, encogiéndose de hombros.*) ¡Intimidar al barón Friedrich! (*Llaman.*) ¡Adelante!

DONC. (*Entrando.*) ¡La señora no toma nada con el café!

ELENA. No, pero que me lo hagan muy cargado.

DONC. Ya lo he dicho, señora. (*Aproximándose a ella, en voz baja.*) Sonia... Friedrich está abajo.

ELENA. (*En voz baja.*) ¡Ah! ¡Ya!

DONC. El hotel está vigilado... Todas las puertas están guardadas... Ni tú ni el coronel podréis salir.

ELENA. Bien... No queda más que un recurso... (*Con ironía.*) El bello Sacha...

DONC. ¿Tienes la carta?

ELENA. (*Sacando un sobre de su pecho.*) Aquí está... Haz que la lleven inmediatamente...

DONC. ¿Estás segura de que con él podrás...?

ELENA. Segura. Si consigo salir del hotel y encontrale sin que me reconozcan, antes de dos horas estaré fuera de las aguas rusas... y cuando vuelva... (*Con rabia.*) ¡Será para tomar la revancha!

DONC. ¡Dios te guarde, Sonia!

ELENA. ¡Dios te guarde, Aniouzhka!... ¡Serás tú la que tenga que sufrir primero!...

DONC. ¡Nitchevo!

ELENA. (*Emocionada.*) ¡Pobre coronel! (*Cerca de la puerta.*) Tráigame pronto el café. (*La doncella sale por el foro Elena la acompaña. Escucha un instante en la puerta y murmura*): ¡Ahí están! (*Y entra rápidamente en su cuarto.*)

ESCENA VI

Lenox, Friedrich y después la Doncella.

LENOX. (*Entra foro y hace pasar a Friedrich.*) Pase usted, haga el favor. (*Como continuando una con-*

versación.) Estará conforme en que ese proceder es inadmisible.

FRIED. (*Muy amable.*) Inadmisible, mi coronel. ¡Completamente inadmisible! ¡Pero no se preocupe usted, todo se arreglará! Ya he dado las órdenes oportunas. (*Mirando a su alrededor.*) Puesto que pensaban ustedes marchar tan pronto, espero que la encantadora señora Lenox estará del todo repuesta de su indisposición.

LENOX. ¡Oh, sí, en absoluto! Ha pasado una noche excelente.

FRIED. ¿Podría ofrecerla mis respetos?

LENOX. ¡Desde luego! Está en su habitación vistiéndose.

FRIED. Sentí mucho no hallarme allí cuando sufrió el síncope... Habríamos llamado a un médico de la corte.

LENOX. ¿Para qué? Laura padece estos acidentes nerviosos. (*Llaman.*) ¡Adelante!

DONC. (*Entra con una bandeja.*) El café para la señora.

LENOX. Bien, éntrelo a su habitación. (*La doncella llama y vase derecha.*)

FRIED. ¿Café? ¿Está indicado en una afección cardíaca?

LENOX. ¡Phs! Sí, en ciertos casos; se lo ha prescrito nuestro médico de Nueva York.

FRIED. ¡Oh, entonces me inclino!... ¿Sabe usted, coronel, que antes de ese desdichado desvanecimiento su mujer era verdaderamente la reina de la fiesta de los Ignatieff?

LENOX. Observé, en efecto, que no pasaba desapercibida.

FRIED. ¡No sea usted modesto! Tuvo un triunfo total. Y adivine lo que más ha seducido en ella, y, hasta, puedo decirlo, extrañó a algunos de sus admiradores.

LENOX. No adivino.

FRIED. El perfecto conocimiento que tiene de nuestro idioma, tratándose de una americana de nacimiento; la pureza de su acento...

LENOX. Laura es bastante políglota.

FRIED. Y, sobre todo el brío que puso al bailar nuestras danzas... ¿Sabe usted que Su Majestad lo observó?

LENOX. ¿De veras?

FRIED. El zar me dijo: "Jamás he visto una americana que se asimile tan absolutamente el ritmo de nuestras danzas nacionales."

(Se abre la puerta de la derecha y sale Elena, vistiendo la ropa de la doncella. Lleva la bandeja y la taza y se dirige rápidamente al foro, de espaldas a los personajes que están en escena. Friedrich se vuelve rápidamente.)

¿Quién es?

LENOX. La doncella...

FRIED. ¡Ah, bien! *(Elena desaparece. A Elena.)* ¿No le halaga una apreciación tan exacta en boca de nuestro soberano?

LENOX. ¿Cómo no me ha de satisfacer? Pero perdóneme, querido barón, que pase a una pregunta urgente.

FRIED. Diga usted.

LENOX. Gracias a su todopoderosa protección, ¿cree usted que podremos tomar el tren de las nueve treinta y cinco?

FRIED. *(Evasivo.)* ¡Dios mío! Si el plazo fuese algo corto para eso, podrían ustedes tomar el rápido de la noche..., que emplea menos tiempo en el recorrido.

LENOX. Sin embargo, hubiera preferido el otro. ¡Me esperan en París con tanta urgencia!

FRIED. Lo comprendo... ¡pero qué quiere usted!

LENOX. Al fin y al cabo... si la dificultad sólo proviene de la iniciativa equivocada de un subalterno, fácil será...

FRIED. *(Cada vez más reservado.)* ¡Psh!... Sí y no... Ya sabe usted que en este país la burocracia... *(Llaman foro.)*

LENOX. ¡Adelante!

ESCENA VII

Friedrich, Lenox, Policía I, luego otro Policía y después la Doncella.

POLCIA. (*Entra foro y queda cerca de la puerta saludando a Friedrich.*) ¡Excelencia!...

FRIED. (*A Lenox.*) ¡Perdone usted! Me persiguen por todas partes. No tengo un minuto mío. (*Va hacia el policía, que le dice algo en voz baja y le da un pasaporte.*) ¡Oh! ¡Oh! ¿De veras? (*Mirando a Lenox.*) ¡Esto sí que es extraño!

LENOX. ¿Qué le ocurre? ¿Algún trastorno?

FRIED. (*Consultando el papel.*) Sí... Una coincidencia muy extraña... y que le afecta a usted.

LENOX. ¿A mí?

FRIED. Figúrese que acaban de detener en la frontera a una señora que quería entrar en Rusia con un pasaporte a nombre de Laura Lenox, esposa del coronel americano William Lenox.

LENOX. (*Con emoción mal disimulada.*) ¡Cómo! ¡Mi mujer!

FRIED. Sí... Su mujer... número dos. El pasaporte es evidentemente falso, aunque tiene mucha apariencia de autenticidad. Confiese que esta aventurera no ha tenido suerte; pero si yo no tuviese el honor de conocer personalmente (*Señalando a la habitación.*) a la verdadera señora Lenox...

LENOX. No comprendo la razón de esa impostura.

FRIED. Ni yo tampoco... Porque supongamos que un bromista... o un hombre muy desconfiado (existen muchos en Rusia) tuviese dudas respecto de la identidad de... la verdadera señora Lenox... Supongamos que ese hombre haya telegrafiado a París a una señora Lenox diciéndole que el coronel estaba enfermo, que la necesitaba con urgencia.

LENOX. (*Violentamente.*) ¿Ha hecho usted eso?

FRIED. (*Continúa sin, al parecer, apercibirse de la interrupción.*) No habría encontrado precisamente en

París una segunda señora Lenox para contestar tan pronto a este llamamiento. Por lo tanto, puede usted confundir fácilmente a esa persona poco escrupulosa... (*Al policía.*) Wladimir, conduce aquí en seguida a esa señora.

POLICÍA. Bien, excelencia.

LENOX. (*Deteniéndole con un gesto.*) Es inútil... (*A Friedrich.*) Esa persona es mi mujer.

FRIED. (*Irónico.*) ¿Ella también?

LENOX. ¡Ella sola! ¡Y usted lo sabe muy bien!

FRIED. (*Frotándose las manos.*) No..., no estaba seguro. Pero ahora han desaparecido mis dudas... Mi querido coronel, puede usted estar tranquilo acerca de la verdadera señora Lenox... ¡Está en París y no ha recibido ningún telegrama!

LENOX. (*Con despecho.*) ¡Era un lazo!

FRIED. Perdonará usted este pequeño subterfugio, sin el cual tal vez me hubiera usted hecho esperar demasiado tiempo unas confidencias indispensables. (*Al policía.*) Wladimir, llama a Ivan. (*El policía va al foro, abre la puerta, hace un gesto y entra otro policía.*)

FRIED. (*Señalando la puerta de lateral izquierda.*) Ivan, trae al criado... (*A Wladimir, señalando la puerta derecha.*) Y tú ruega a la señora Lenox que tenga la bondad de salir... (*En otro tono.*); y las precauciones de costumbre... Ya sabes a quién tienes que tratar.

IVAN. Bien, excelencia. (*Salen cada uno por una puerta.*)

FRIED. (*Contento.*) ¡Por fin! ¡Ya la tengo! (*A Lenox.*) Mi querido coronel, le deberé la alegría más grande, el orgullo de mi carrera... ¡Pero ignoro a qué móvil ha podido obedecer para proteger así a Sonia Soznouska, la más terrible de las nihilistas!

LENOX. Se equivoca, caballero. Esa mujer es menos culpable de lo que usted cree. Es sólo un instrumento. Los verdaderos culpables son otros.

FRIED. ¿La defiende? ¡Maravilloso!... Ahora comprendo el móvil que le ha impulsado... ¡El amor!

También usted, también se ha dejado conquistar. (*Se abre la puerta de la derecha, y la doncella entra, defendiéndose, empujada por el policía.*)

DONCELLA. (*A Wladimir.*) ¡Déjeme, vamos! No sé por qué me detiene...

FRIED. (*Mirándola de muy cerca.*) ¡Pero si no es ella! ¡Esta no es Sonia!

POLICÍA. Excelencia, en la habitación no había más mujer.

FRIED. ¡Imposible!

LENOX. (*Aparte.*) ¡Se ha salvado!

FRIED. (*Precipitándose a la habitación y volviendo a escena en seguida.*) ¿Qué hacía usted ahí? ¿Quién es usted?

DONCELLA. Soy una doncella.

FRIED. (*Señalando a Lenox.*) Pero ¿y la esposa del señor?

DONCELLA. Me pidió mi vestido y después salió, ordenándome que permaneciera dentro.

FRIED. ¿Y tú has aceptado?

DONCELLA. Yo no puedo discutir las órdenes que me dan.

FRIED. ¡Me han burlado! (*Al policía.*) ¡Y vosotros, idiotas, habéis dejado pasar a la otra!

POLICÍA. Excelencia..., nuestra consigna no se refería a las personas de la servidumbre. ¡Sólo hemos visto salir a una doncella!

FRIED. (*Furioso.*) ¡Bruto! ¡Bruto! ¡Bruto! (*Subraya cada epíteto con un violento puntapié, que el policía recibe sin moverse.*) ¿No comprendes que ésta es cómplice de la otra? Y, sin embargo, sabíamos perfectamente que había nihilistas entre el personal. Y Sonia se ha escapado. Esto se acabó, por ahora; ya no le echaremos mano. ¡Tiene muchos cómplices y muy elevados! Ya sean criminales... (*Mirando a Lenox.*) o imbéciles.

LENOX. (*Reponiéndose.*) Barón, permítame: yo...

FRIED. (*Interrumpiéndole.*) ¡Usted, cállese! (*Abriendo la puerta de lateral izquierda.*) ¡Ivan!, el criado...

LENOX. (*Aparte.*) Si consigo pasar la frontera, la encontraré.

ESCENA VIII

Dichos, Jim y el Policía.

POLICÍA. (*Entra arrastrando a Jim; trae esposas y viene bostezando.*) Excelencia..., estaba durmiendo en el diván; no conseguía despertarlo.

JIM. (*Con los ojos cerrados.*) El jefe de Seguridad..., las esposas... Continúa la pesadilla...

FRIED. Te equivocas, muchacho. ¡La pesadilla va a empezar! (*A Lenox.*) ¡Ya no se burlará usted más de mí! Esta aventura tendrá un castigo, un castigo severo, espantoso. Usted y su criado vàn a saber lo que cuesta burlarse del barón Friedrich.

JIM. ¡Qué miedo tendría si todo no fuese un sueño!

LENOX. Mi querido barón, ¿puedo darle algunas explicaciones muy convenientes?

FRIED. ¡Hable usted!

LENOX. A usted... (*Mirando a los poilcías.*), a usted solo.

FRIED. Puede usted hablar delante de estos agentes.

LENOX. Como guste, mi querido barón. Yo no ignoro que al permitir a esa mujer entrar en Rusia con mi pasaporte, he incurrido en un delito que tendrá su castigo...

FRIED. ¡Y qué castigo!

LENOX. Me parece que no se da usted cuenta de los pequeños disgustos que le va a ocasionar su descubrimiento...

FRIED. ¿Disgustos? (*Burlón.*) ¿A mí?

LENOX. No se hace desaparecer impunemente a un ciudadano americano de mi clase, y emparentado como èstoy...

FRIED. (*Burlón.*) ¿Cuenta usted con eso?

LENOX. (*Imperturbable.*) Ya sé que mi condena es cierta... Pero no se dictará sin una información severa ante nuestro embajador. El Zar se enterará de todas las particularidades de este asunto...

FRIED. Y después... ¿cree usted que le perdonará?

LENOX. No, seguramente. Pero creo que tendrá interés en saber que usted..., usted mismo, recibió en Rusia, ¡y con qué cariño!, a su peor enemiga, prodigándola cumplidos y atenciones, sin sospechar ni un minuto a quién trataba usted.

FRIED. ¿Quién le ha dicho que yo no sospechaba?

LENOX. ¡Pobre defensa! ¿Cómo, teniendo sospechas, la dejó usted que llegase la noche última hasta el Zar?... Hasta el Zar, a quien ella iba a matar.

FRIED. (*Asustado.*) ¿Cómo? ¿Ella quería...?

LENOX. Sin este servidor de usted, que adivinó su proyecto en el momento en que iba a ponerlo en ejecución y pudo quitarle el arma, el Emperador hubiese caído en medio del baile, herido por un tiro de revólver.

FRIED. (*Secándose la frente.*) Pero ¿es posi...? (*A los policías, dándoles un puntapié.*) ¿Quién os ha permitido escucharnos? ¡Brutos! (*Los policías se van por el foro.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos menos los policías.

LENOX. Francamente mi querido barón, ¿cómo cree usted que Su Majestad Alejandro III estimará la conducta del jefe de Seguridad?

FRIED. (*Después de unos instantes de reflexión.*) Mi querido coronel, es usted un hombre inteligente... Ha comprendido en seguida que mi cólera no tenía otro objeto que darle una lección..., muy merecida por su imprudencia...

LENOX. (*Sonriendo.*) Exacto: ¡lo había comprendido!...

FRIED. Me molestan las recriminaciones inútiles y las venganzas mezquinas. El pájaro ha volado. He perdido la partida... Esperaré mi revancha, y, entre tanto, pondré a ustedes dos en la frontera. (*A la doncella, con rabia.*) Y usted ¿qué hace aquí? Haga el favor de marcharse; ¡pronto! (*La doncella se va.*)

LENOX. Es usted un jugador correcto.

FRIED. Pero... ¡ni una palabra!... ¿Verdad?... Nada de cuentos...

LENOX. Le doy mi palabra.

JIM. ¡Qué gracia! ¡Mi pesadilla termina bien!

FRIED. (*Con rabia repentina, largándole un puntapié.*) ¡Cállate, bruto!

JIM. (*Devolviéndole el puntapié.*) ¿Eh? ¡Procure usted ser cortés!... ¡Vaya unas maneras!... (*Afectando de repente una confusión.*) ¡Ah! Perdón, excelencia.

LENOX. (*A Friedrich.*) Perdónele... Es un americano...

FRIED. (*Obligado a sonreír.*) ¡No es nada! ¡Nada! (*Transición.*) Pero nada de todo esto...

LENOX. Nada...

FRIED. (*Despidiéndose.*) A sus órdenes, coronel.

LENOX. A sus órdenes... ¿Siempre amigos?

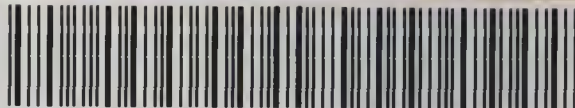
FRIED. ¡Siempre!

LENOX. Y ahora, ¡a París!

JIM. ¡A París!

LENOX. (*Aparte.*) ¡La encontraré!...

TELÓN



Números publicados:

1.—V. Sardou.—¡Si tú quisieras!...., comedia en tres actos.

2.—F. Dostoyowsky.—La Sirena, comedia en cinco actos.

En el número próximo publicaremos

DOS obras completas

CAIN

Poema dramático en tres actos del gran poeta inglés Lord Byron y

La juventud de Napoleón

Drama en un acto inspirado en un episodio histórico de la vida de Napoleón Bonaparte.

El precio de este número será de

30 CENTIMOS

TEATRO UNIVERSAL
MADRID

Talleres de PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3. Madrid.